



ACERCARONSE AL GRUPO LOS DOS GALANES EXTRANJEROS



una *erani!* (1). Ya sabes que te quiero siempre.

—¿Que me quieres dices!

—Pues bien lo ves. ¿Acaso te he pedido nunca *parnés?* No quieras de mí lo que sólo podrías mandarme siendo tu *romí* (2) y conténtate con ser mi *minchorro* (3).

—¿Y yo he de sufrir que te vea el capitán á todas horas?

—También estaré contigo las que quieras.

—Acabemos. ¡Si vuelvo á verte con él os mato á los dos!

—Te repito que eres un pobre *gilt* y que me das lástima. ¡Tú *mojarme* á mí!

En esto llegaron á la tienda, y el furriel oyó la voz de la *señá* Paca, que murmuraba entre dientes:

—¡Huesos de corazón de lobo, piel de víbora, leche de sapo, sangre de dragón, sogas de ahorcado, mantillo de niño, cuerno de macho cabrío, diente de mono, cola de escorpión!

—¿Qué está diciendo tu madre?—preguntóla el furriel.

—¡Yo qué sé! Anda, que no te vea, y no me vengas con celos, porque no soy *flamenca de Roma* (5) para que me estorbes tú los planes.

El cabo obedeció como un cordero y desapareció en la oscuridad.

XII

La vieja estaba sola. Por el suelo veíanse multitud de redomas, yerbas, huesos, untos y objetos sin nombre. Tan abstraída estaba haciendo sus conjuros que apenas notó la presencia de Juanita.

—Madre—le dijo;—¿no acabaréis al fin con ese filtro?

Pero la *señá* Paca no contestó.

—¡Eh, oid, que he de contaros lo que pasa!

No respondió tampoco la vieja.

Juana hizo rodar entonces por el suelo de una manotada el puchero objeto de la atención de la redonda bruja.

—¡Malos *mengues* os lleven á vos y á los cacharros!—exclamó Juana.—Os digo que tengo que hablaros de cosas muy graves y no me oís. ¡Basta de majaderías! Llegó la ocasión de que se vea si soy ó no buena *chota*.

La vieja volvió en sí, y gruñendo abrió los ojos, mirando á su hija.

—Esta tarde el *canari* (1) ha *berreado* más de lo que creía. En el regimiento de la Princesa hay ocultos los dos oficiales que el amo quería mandar á la *viuda*, ó cuando menos al *estaripe*. Es preciso que esta misma noche os marchéis á Hamburgo y se lo digáis para lo que él ordene. ¡*Mutis!*

En esto entró Petra, y levantándose la vieja dijo:

—Si no me veis de algunos días no lo extrañéis, *chivatas*, que me precisa encontrar piedras de nido de águila y no sé si deberé ir muy lejos.

Y sin decir más salió de la barraca, perdiéndose en breve su sombra en la inmensidad de la llanura.

—¿Cómo te va con tu capitán?—le preguntó Juana.

—Seguimos haciendo rabiar al gabacho, pero nada más.

—Lo mismo te digo, chavala. Y á fe que mi *canari* es tan rumbo que á cualquiera otra que le gustasen los *parnés* le haría cometer una infidelidad.

(1) Mujer de bien.

(2) Esposa.

(3) Amante.

(4) Gitana casada.

(1) La caballería española llevaba la casaca amarilla.



CAPÍTULO XIII

El favorito

I

PRECISA que dejemos por un momento á los bravos soldados que están aguardando frente á Stralsunda la señal de ataque y nos traslademos á la artística estancia en que Antonio Albenza pasa las mejores horas de su vida cultivando la pintura de retrato, paisaje y asuntos religiosos.

Ocupa ahora el caballete una *Santa Casilda*, abocetada aún, reconociéndose claramente en ella las hermosas facciones de Rosario. En efecto, la gentil doncella está junto á su hermano, habiendo salido de Hamburgo el mismo día que partieron los españoles á Stralsunda.

Es la víspera de San Lorenzo y no se habla más que de la gran función religiosa que ha de celebrarse á la mañana siguiente en el Escorial. El calor ha sido sofocante todo el día y los dos hermanos están muellemente reclinados en sendas mecedoras cerca de los balcones que dan á la calle de Atocha, abiertos de par en par.

Oyóse el ruido de un coche que paraba. Antonio se asomó y vió el *bombé* que había conducido allí á Godoy tres semanas antes.

—Es el favorito,—dijo Antonio.

—Por favor te ruego que cedas en cuanto pida. Desde que he dejado á Ricardo estoy temiendo por él sin saber por qué. Siento una desazón indefinible cuando pienso que alguien podría descubrirlos, por-

que ¡ay de ellos! entonces: Kindeland se cebaría cruelmente en su venganza.

—Descuida, hermana mía. Todo quedará arreglado.

Retiróse Rosario y entró Godoy.

II

El favorito estaba visiblemente preocupado. No vestía, como la otra vez, el traje de *marqués*, sino uno sencillo de jerga oscura.

Alargó la mano á Antonio y entrególe luego un papel.

Este desdobló el pliego y se fijó tan sólo en la firma, que vió era la de Godoy.

—Está bien,—dijo Antonio,—y os doy gracias por la delicadeza que habéis mostrado firmando vos en lugar del rey.

—Comprendí que de no ser así no hubierais aceptado el cambio,—respondió Godoy.—Amigo mío,—repuso después de una corta pausa,—no sabéis cuánta satisfacción he tenido en poder devolver á vuestros amigos sus honrosos empleos, según el recado que me mandasteis, por tratarse de hombres tan valientes, pundonorosos y leales como sé que son. Si en vez de llevarme la contraria todos los que valen los tuviese yo á mi lado, veríais cuál otra iba á ser la suerte de esta nación. Yo he hecho

lo que he podido, y aun más. ¿Creéis que á mí me ciega la ambición de mando? No, amigo mio: lo que yo lamento es encontrarme con este pueblo enemigo de toda reforma y apegado tan sólo á sus rutinarias tradiciones. Yo me siento con ánimos para levantar á España; pero ¿con quién puedo contar? En la familia real la única persona de gran corazón y de levantadas miras es la reina: tenedlo por cierto. La nobleza me ha declarado una guerra sin cuartel; la clase media, á la vez que manda á mi antesala á sus más hermosas hijas, me insulta detrás sacándome mil apodos; el pueblo, juguete de cuatro aristócratas disfrazados de majos, me odia sin motivo y sin que pueda decir por qué, á no ser que esté quejoso de mis reformas en la policía urbana, de la cual es y será enemigo siempre. Me hacen la guerra y he de defenderme; y si no tengo auxiliares buenos, ¿de quiénes he de echar mano más que de los malos? ¿Por qué me huyen Máiquez y otros hombres de talento como él? ¿Por qué todos los jefes y oficiales de guardias de corps y de los pocos regimientos que valen algo están siempre asestandome sus tiros? ¡Cuánto no preferiría yo tener por amigo al coronel Jimeno que á Kindeland! Pero si no tengo otros, ¿qué he de hacer? Y con todo, os lo repito, sediento de hacer el bien, de obrar con justicia, de recompensar al mérito, de alentar á los que prometen y de premiar á los que lo merecen, he sentido una alegría desconocida para mí desde hace mucho tiempo al poder reparar el mal causado á vuestros amigos, que por desgracia no lo son también míos. Quedaos, pues, con ese pliego y mandadlo vos mismo, si queréis, al coronel Jimeno, á quien va dirigido.

Antonio se inclinó y devolvió á Godoy el papel, que era la orden de rehabilitación inmediata de nuestros amigos.

—Ruego á V. A. que le dé curso con lo demás que haya de mandar. Jamás dudaré de que V. A. cumple siempre lo pactado.

Y diciendo esto fué á buscar el estuche, encerrado en uno de los cajones de una primorosa arquilla, y lo puso en manos de Godoy, quien lo guardó sin abrirlo.

—¡Hermosa figura!—exclamó el príncipe de la Paz fijándose en *Santa Casilda*.—Y á propósito: ¿cuándo vais á comenzar el cuadro que os encarqué?

—Ahora mismo, si lo desea así V. A.,—respondió Antonio.

—No quiero tanto; pero decidme al menos qué asunto habéis escogido.

—Uno algo extraño, señor, pero que tal vez no os desagradará por referirse á un extremeño como vos: *Hernán Cortés rechazado por Carlos V al ir á entregarle un memorial*.

—Me gusta que hayáis pensado en tal héroe; pero el momento que habéis elegido para representarlo...

—Permitame V. A. que le haga observar que es el más oportuno para retratar la gratitud de los reyes, que arrojan de sí á los buenos y conservan á los que los pierden.

—Luego ¿no sois amigo de ellos?—dijo Godoy como si no entendiera la alusión.

—Consienta V. A. que sin rebozo le manifieste que soy republicano.

Godoy calló, y al cabo de un minuto repuso:

—Hacéis bien. De tal manera pueden rodar los acontecimientos que sea el único partido digno de un español. No os hago ningún cargo por ello. Si conocierais...

—¿Al príncipe de Asturias?—dijo Antonio interrumpiéndole.

—El mismo. Si lo conocierais os asustaríais de lo que puede sucederle á España si él llega á ocupar el trono, y tal vez no os asombraríais tanto de mi conducta.

—¿Por tan malo le juzgáis?

—Lo juzgo por un modelo de perfidia y de egoísmo. ¡Quién sabe lo que discurre aquella cabeza devorada por la ambición y educada en la hipocresía! Además, ¡si vierais qué sentimientos dominan en esa gente, qué mezquindad de ideas y qué pobreza de miras se alojan en aquellos cerebros! Ya veis qué rey tenemos. No es que yo quiera aparecer limpio de toda mancha; pero incapaz el monarca de resolver por sí ningún asunto, dada la imposibilidad de servirse de Floridablanca y de Aranda por su mortal enemistad, si no hubiese sido yo, hubiera sido otro el valido. Yo subí cuando empezaban á tocarse los resultados de la política de Carlos III, tan ponderada; yo he sido el que ha debido sentir más el peso de la enemistad con Inglaterra, contraída desde el Pacto de Familia y originada por la ambición de la princesa de los Ursinos y de Alberoni.

Pero, en suma, ¿qué hubiera hecho Floridablanca, si hubiese seguido en el poder, más de lo que yo hice? ¿No declaramos la guerra á la República? Si fuimos derrotados debido fué á la próspera estrella que hoy acompaña á nuestros vecinos y que en su día se eclipsará, como se eclipsó la nuestra.

Me acusan de mis relaciones con la reina. María Luisa, amigo mío, es una señora ilustrada, de vivo ingenio, bien educada, buena madre, y en su tiempo muy hermosa. Tenía aspiraciones de encontrar en su esposo lo que su imaginación italiana le había hecho concebir como el ideal de un rey enamorado, valiente, gallardo, ambicioso; y en vez de ver realizados sus sueños de princesa y sus aspiraciones de mujer, se encontró con un hombre que en lugar de hablarle del bien de sus vasallos le hablaba de sus potros y de sus perros, y que en vez de hacerla entrever horizontes de grandeza sólo le mostraba un miedo continuo á la Revolución, que decapitó á Luis XVI. ¡Y, con todo, es preferible mil veces este reinado, con su adulterio, con su decadencia y mi privanza, á lo que será el del príncipe Fernando! Ni Carlos ni yo tenemos malos instintos. Podrá él ser débil y yo falto de suficiente capacidad, pero no nos gusta el derramamiento de sangre. Pues bien: yo os afirmo que el reinado de Fernando VII, si es que llega á reinar, será uno de los más sangrientos que la historia de nuestra patria registre en sus páginas.

—El pueblo, señor, está quejoso de vos más por vuestra conducta que por vuestro mal corazón, —respondió Antonio.—Los enemigos que tenéis han abultado tal vez vuestros defectos y los de la reina, sublimando en cambio la bondad del rey. Vuestras vacilaciones, ora demostrándoos amigo de Inglaterra, ora obedeciendo las sugerencias de Bonaparte, le han herido en su dignidad. El pueblo odia sobre todo á los amigos de Napoleón.

—Y ¿qué más podía yo hacer que lo que he hecho contra el emperador? Siempre que he podido le he hecho frente. No es mía la culpa si las circunstancias me han estorbado poder seguir siempre una misma línea de conducta. Pero, de todos modos, yo he mantenido la integridad de España, cosa de que no puede vanagloriarse Carlos III; yo he procurado fomentar la instrucción y casi he creado la artillería, que algún día quizás será la salvación de nuestra patria; yo he hecho cuantas mejoras he po-

didado; yo he preservado estos reinos del contagio revolucionario. Pero, en cambio, todo lo malo se me achaca á mí, como si yo debiese responder de todo. ¿Soy yo responsable de que con las guerras de Sucesión se hubiesen interrumpido las comunicaciones entre las colonias y la metrópoli, produciendo la decadencia comercial? ¿Fuí yo quien otorgó á los ingleses el derecho de hacer el contrabando, concediéndoles que pudiesen desembarcar cada año en Portobello un barco de quinientas toneladas cargado de mercancías, acabando así de arruinar la poca industria que subsistía aún en este ingrato suelo?

Pero dejemos eso, mi querido amigo, y pintad vuestro cuadro de Hernán Cortés, pero no con la idea de ningún contraste entre los buenos y los malos servidores, sino como recuerdo de lo funesto que fué para España el advenimiento de la casa de Austria, principal origen de nuestras desgracias.

III

Godoy estaba muy desfigurado. Sabía, en efecto, que Junot se hallaba en Bayona al frente de veintiocho mil hombres prontos á entrar en España, pretextando una invasión en Portugal, en la cual debían tomar parte también las tropas españolas, y abrasado por la ambición no podía dominar el desasosiego que le causaba la incertidumbre acerca de los planes que abrigaba Napoleón respecto á la corona de Castilla.

Era su principal idea la rivalidad con el príncipe de Asturias, y al considerar que un día podía verse caído como Aranda y Floridablanca y despedido como un lacayo, sentía retorcerse su orgullo y á toda costa quería hacerse fuerte en un trono, ora fuese el de España, ora el de los Algarbes. Quería ponerse á seguro de que los vaivenes de la fortuna le hiciesen descender más bajo que el heredero de la corona, y convertida la idea de su rivalidad en verdadera pesadilla, estaba resuelto á saltar por encima de todo, mientras pudiese siempre mirar de igual á igual al odiado Fernando y á su aborrecida esposa María Antonia de Nápoles, su implacable y mortal enemiga.

Ahora tenía en su poder una prueba para romper el tenue hilo que aun sujetaba á Carlos IV en el corazón de María Luisa, y estaba dispuesto á aprovecharse de ella si el débil monarca consentía alguna

vez en dar oídos á su hijo y á su nuera en contra suya. En tal caso, mediante el medallón, conseguiría que María Luisa se uniese con él hasta para consumir un crimen.

Godoy se retiró, acompañándole Antonio hasta la escalera.

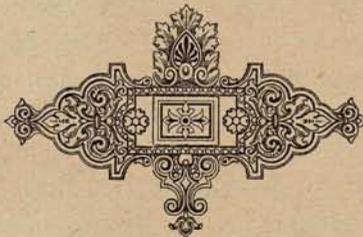
—Amigo mío,—le dijo el favorito,—si nunca os pidiese un favor que en nada comprometiese vuestra honra, ¿me lo haríais?

—Tendría en ello la mayor satisfacción, señor.

—¡Ah, Albenza! De cuantas frases he oído hace muchos años, esa es la única que ha salido de un corazón desinteresado. No olvidaré vuestra promesa, y quiera Dios no me vea algún día precisado á pedir os vuestro amparo.

Tales eran las últimas frases de Godoy.

¿Qué veía el favorito en el porvenir? Tal vez ante aquel hombre de severas costumbres, varonil semblante y atrevida franqueza había vislumbrado la suerte que le esperaba. Tal vez aquella atmósfera de honradez y aquel bello y casto semblante de la *Santa Casilda* le habían hecho recordar la falacia palaciega, aquellas caras llenas de doblez y astucia, aquellas fisonomías acostumbradas al disimulo y á la falsía, y en un momento de lucidez se había dado cuenta de su aislamiento, de su soledad, de la inestabilidad de su fortuna, fundada en la liviandad de una reina y en la imbecilidad de un rey, y combatida por la ambición de un príncipe sin dignidad y la envidia de una corte corrompida.



CAPÍTULO XIV

Stralsunda

I

EL sitio, empezado á primeros de agosto, había sido, como se proponía el general Chasseloup, un modelo de precisión.

Las primeras, segundas y terceras paralelas se habían establecido con una rapidez hasta entonces no igualada.

Ciento veinte cañones, obuses y morteros de desde 24 hasta 6, lanzaban noche y día bombas, granadas y balas rojas contra la plaza sueca.

La principal dificultad para el asalto consistía en unas empalizadas clavadas dentro de los fosos en los lugares que la poca profundidad del agua permitía vadearlos.

Gracias á los escombros y arenas resultantes del levantamiento de las trincheras, los fosos habían quedado medio cegados en algunos parajes, pero hubiera sido costoso dar el asalto por allí.

El día 20 empezaron las brechas á quedar bastante anchas para dar paso á la columna del asalto.

Habíase decidido que éste se efectuaría por tres puntos á la vez, siendo el más vigoroso el dirigido contra la puerta de Knieper, pues los otros dos sólo debían servir para distraer las fuerzas contrarias.

Desmoronábanse las murallas, derrumbándose las piedras con terrible estruendo, pero los sitiados se apresuraban á rellenar los huecos con sacos de arena y maderos entrecruzados.

Las balas daban contra las estacadas que resguardaban los muros y que impedían el paso por los puentes, pero sólo conseguían descabezarlas.

Cada puente estaba obstruido por tres filas de estacas muy espesas, cortas, puntiaguadas, así como por caballos de Frisia.

Pendían pesadas y descomunales vigas, sujetas con cuerdas, encima de las puertas, prontas á caer sobre los invasores al pasar por debajo. Habíalas también en los puntos en que eran más anchas las brechas, suspendidas encima de enormes mástiles, aparentando desde lejos gigantescas horcas.

Reinaba aquel día un fuerte viento que levantaba nubes de menuda arena, cegando á los sitiadores y permitiendo á los sitiados hacer provechosos sus disparos.

Era abrasador el calor que se dejaba sentir. El fuego por ambas partes no cesaba ni un minuto. La ciudad sufría los rigores de un terrible bombardeo y á la vez estallaban en el interior numerosos incendios.

Las fuerzas sitiadoras se acercaron á los puentes, y protegidas por faginas y sacos de arena llegaron á tocar á los glacia. Era general la impaciencia por entrar en la plaza; pero á pesar de sus buenas intenciones, la artillería no conseguía derribar las estacadas de los puentes.

Chasseloup echó de ver que el único medio de evitar pérdida de soldados y de hacer posible el asalto era precisamente vencer aquel terrible obstáculo, sin lo cual de nada aprovechaban las tres brechas abiertas en la muralla.

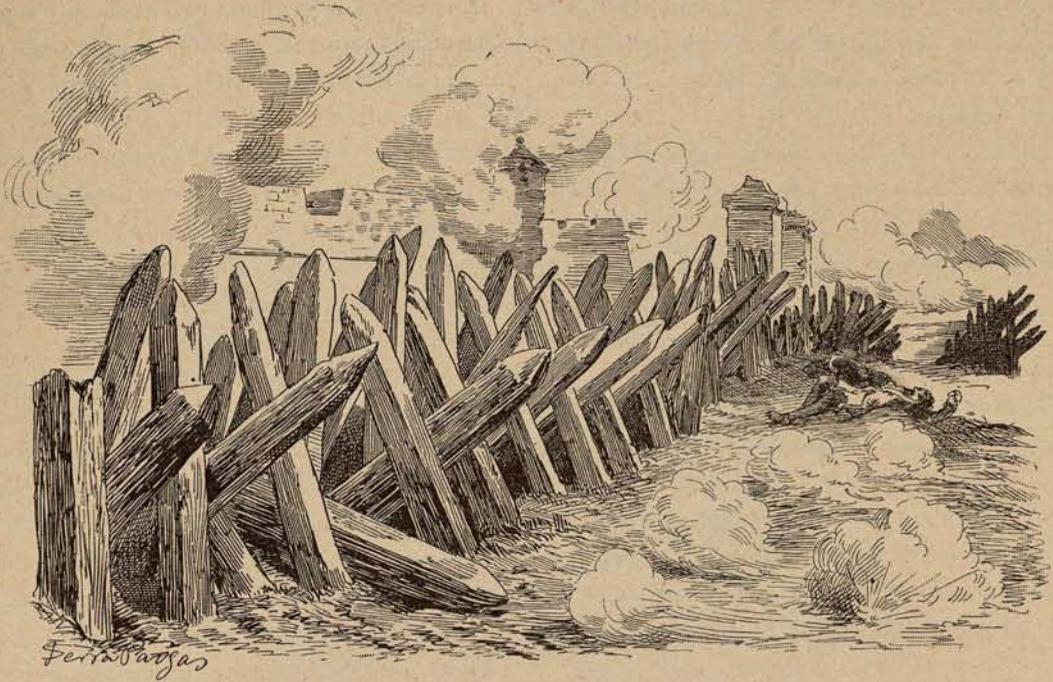
Por todas las troneras de Stralsunda salían mortíferos torrentes de metralla.

La fusilería de los valientes suecos y de los impá-

vidos ingleses ocasionaba numerosas víctimas, á pesar de los bien contruidos parapetos tras los que se albergaban los sitiadores.

Sobre todo, detrás de las brechas, era terrible el fuego de la infantería, que demostró en aquella ocasión ser el verdadero nervio de los ejércitos.

De bajar á los fosos, medio cegados por los escombros de las trincheras y de las brechas, tam-



La principal dificultad para el asalto consistía en unas empalizadas...

poco se conseguía nada, interin subsistiesen las empalizadas, y era empresa difícil derribarlas por la mucha extensión que tenían.

Ganando los puentes, la entrada era más segura, pero siempre subsistía igual obstáculo. Necesitábanse voluntarios que quisieran ir á la muerte para que desapareciesen los caballos de Frisia y las estacas.

II

Los españoles estaban situados delante de la puerta de Knieper.

El mariscal Brune, impaciente, contemplaba las tres hileras de obstáculos que impedían el paso del puente. Una batería de cañones de grueso calibre lo enfilaba desde la plaza, desafiando al temerario que quisiese poner su planta en él. Numerosas fuer-

zas de infantería estaban espiondo también cualquier tentativa para destruir la defensa.

Hasta entonces todo había marchado bien. Los ingenieros habían hecho un alarde de ciencia estableciendo las segundas paralelas en menos de quince días; la artillería había abierto tres brechas, capaces de dar paso á los ejércitos de Jerjes.

Faltaban ahora peones que quisieran dar sus vidas cortando á hachazos las estacas de los puentes y las cuerdas que los atravesaban, formando intrincadas redes.

Faltaba un héroe que quisiese sacrificarse derribando las tremendas vigas antes de que cayesen sobre los asaltantes á su paso por debajo de los portales y por las brechas.

No paraba entretanto el tiroteo de fusilería ni el cañoneo de las baterías situadas, y era preciso aca-

bar cuanto antes de estar bajo los fuegos de la plaza.

Pero todo se estrellaba ante la dificultad de que interin no quedasen destruidas, pudiesen salvar los asaltantes la distancia entre las empalizadas y los muros.

Las bajas eran muchas, por la proximidad á la plaza y el entusiasmo con que se defendían los sitiados, mandados por tan esforzado general como lo era Essen.

Llegó en esto la noche y cesó el viento, brillando luego una luna cruelmente clara y un cielo sereno como el de España, tachonado de estrellas, azul, sonriente, despejado.

El regimiento de la Princesa quedaba encargado de guardar la cabeza del puente durante aquella noche.

Protegíanle del fuego de la plaza altas trincheras formadas de camiones, sacos de tierra y faginas. Reinaba profundo silencio, sólo interrumpido por los ¡Alerta! de los centinelas.

La avanzada estaba mandada por el capitán Garrroyo. En su compañía formaban Espinosa, Méndez, Juan de Castro y Ortego.

Sólo les separaba del muro el puente obstruido.

Pasó una ronda mayor: el mariscal Brune en persona recorría toda la línea de circunvalación. El héroe del paso del Helder ardía en deseos de acabar pronto.

Los cañones de los sitiadores callaban: no así los de la plaza, que de vez en cuando hacían disparos para tratar de derribar las obras, y á menudo lo lograban.

El coronel Jimeno salió á recibir al mariscal y le habló durante un corto rato.

El mariscal parecía dudoso, pero al fin pareció acceder á lo que le proponía Jimeno, y se alejó.

III

El coronel se acercó á un numeroso grupo formado por varios soldados, entre los que estaban nuestros héroes.

Acto seguido partió un ayudante y al poco tiempo llegaba un bayarte cargado de hachas y picos.

Cada soldado del grupo tomó una herramienta y saltaron por las troneras al puente, como fantasmas, silenciosos y decididos.

Resonó una descarga de fusilería desde la plaza, á la cual no se contestó.

A la cabeza de los audaces voluntarios iban Espinosa y Méndez. Empezaron á hachazos y derribaron la primera empalizada, arrojando al agua los escombros y las cuerdas, que producían lúgubre sonido al sumergirse. Hundíase allí la independencia de una nación caballeresca y gloriosa.

Seguían incesantemente las descargas desde la plaza, pero los del puente no parecían advertirlo, entregados á la faena de destruir las defensas.

Llegaron á la segunda empalizada, y con rapidez admirable cayeron también las estacas y fueron cortadas las cuerdas. Otra vez el agua se removió al recibir aquellos restos.

De pronto una granada lanzada con certera puntería, reventó en medio de los heroicos sitiadores. Resonaron gritos de ira y dolor y cayeron al suelo cinco de los soldados. Méndez recibió una herida en un brazo y Castro otra en la cabeza. Los otros tres exhalaban el último suspiro.

—No es nada,—dijo Méndez á Espinosa;—puedo retirarme por mi pie. Ven á verme mañana y ten cuidado.

La herida, efectivamente, no era peligrosa, aunque le dejaba inutilizado por de pronto.

Retiraron los heridos y quedó Espinosa con solos cuatro hombres.

—¡Adelante más que nunca!—gritó.

La tercera empalizada desapareció en breves instantes.

Nuevas descargas de la plaza causaron otra vez numerosas bajas.

Dos hombres que quedaron ilesos abandonaron el puente y se llevaron á cuestras á Ortego, que había recibido un balazo en el vientre, y á Castro, que había perdido el sentido.

—¡Pobres amigos míos!—murmuró Espinosa.

El puente estaba practicable: todas las estacas yacían en las lagunas.

Al rayar el alba las baterías sitiadoras rompieron el fuego, derribando la puerta y ahuyentando á los defensores de la muralla.

De pronto cesó el estampido del cañoneo y se vió correr á un soldado hacia la brecha: era Espinosa.

Ágil y valiente, subió hasta la muralla, se encaramó por uno de los mástiles, y un estruendo como el de varios cañonazos demostró que habían caído las vigas suspendidas.

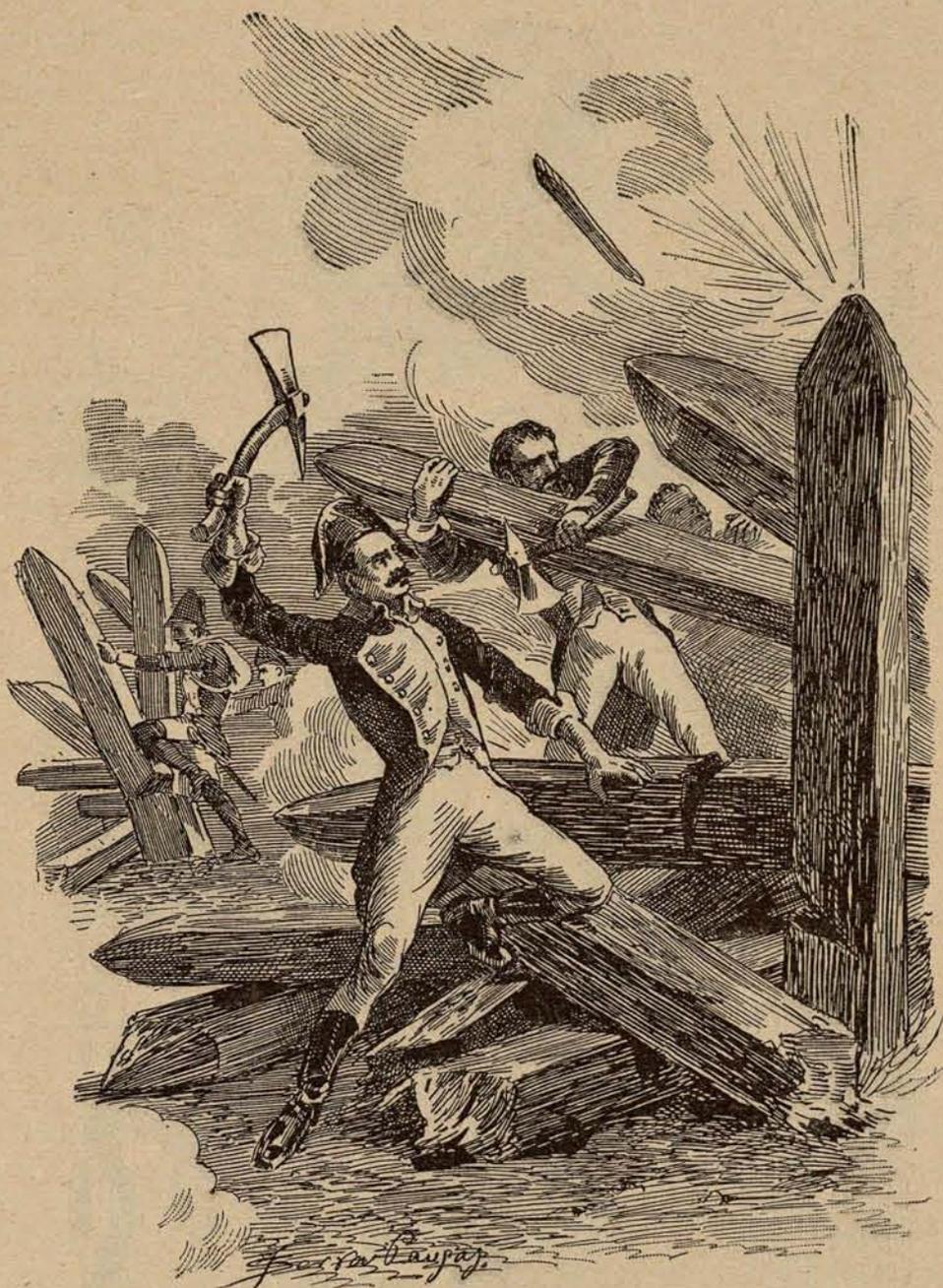
Espinosa, en efecto, había cortado las cuerdas.

Un inmenso aplauso resonó desde el campamento de los aliados, á la par que terribles descargas de fusilería dentro de la plaza.

Espinosa regresó á las trincheras.

El mariscal Brune, á caballo, seguido de su estado mayor, aguardaba la vuelta del intrépido español.

Al verlo, desmontó, y, quitándose del pecho una cruz de la Legión de Honor, se la colocó en el suyo.



De pronto una granada lanzada con certera puntería, reventó en medio de los heroicos sitiadores.

Espinosa rehusaba, pero Brune insistió hasta que venció su resistencia.

Un momento después, formada la columna de asalto, con el regimiento de la Princesa á la cabeza, emprendió á paso de carga y con la bayoneta calada el ataque.

El fuego de la plaza, sobre todo el de fusilería, causaba numerosas bajas.

— ¡Viva España! — gritó el coronel.

— ¡Viva España! — respondió todo el regimiento.

Sin disparar un tiro el regimiento se encontró á los cinco minutos en lo alto de la brecha.

La carga á la bayoneta había sido terrible; multitud de suecos é ingleses yacían sin vida.

De pronto Espinosa se fijó en un extraño ruido que acababa de oír bajo sus pies.

— ¡Una mina! — exclamó. — ¡Adentro todos!

El regimiento se precipitó dentro la plaza.

En el lienzo interior de la muralla veíase una abertura que apenas daba paso á un hombre.

Espinosa cogió un sable y penetró por ella.

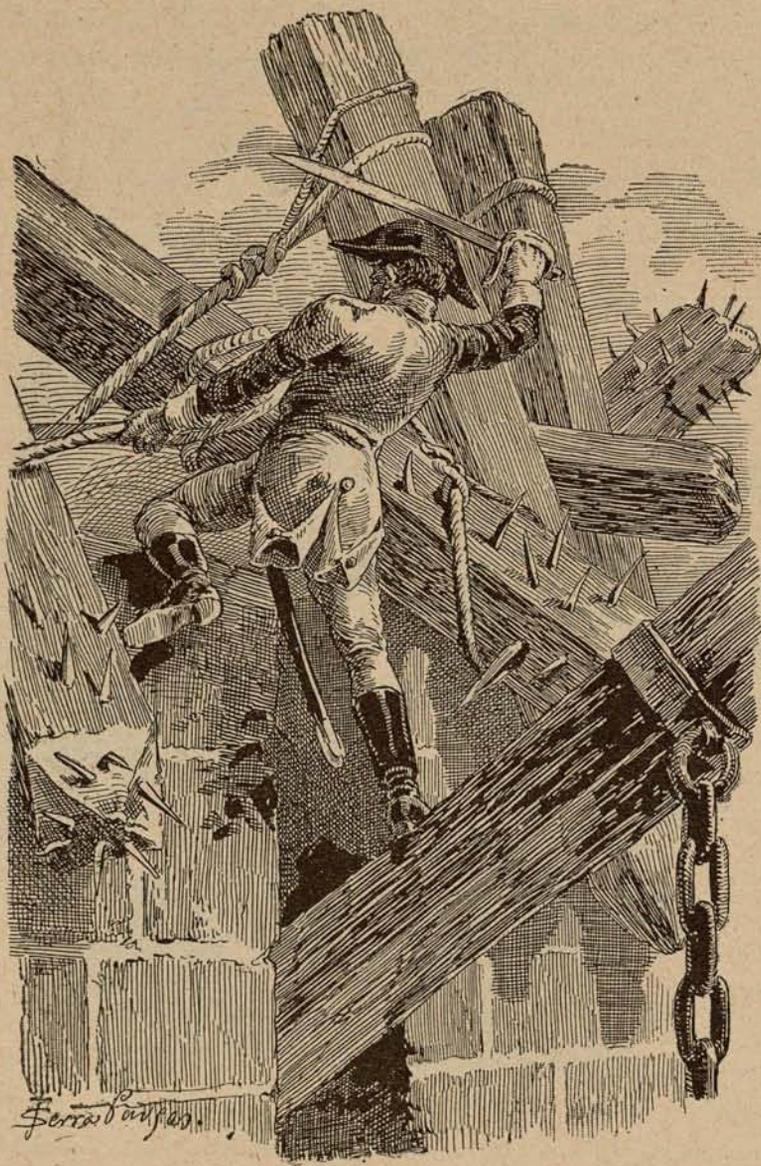
Dentro había doce ingleses, ocupados en los preparativos de una voladura.

A la vista de Espinosa quedaron aterrados y huyeron desordenadamente, quedando prisioneros á la salida.

Espinosa apagó la mecha, aplicada sobre un gran barril de pólvora, y salió.

El regimiento lo esperaba con ansia, temiendo por su vida.

Garroyo, lleno de entusiasmo, gritó:



Espinosa, en efecto, había cortado las cuerdas.

—¡Viva Espinosa! ¡Viva el teniente Espinosa!
¡Viva el capitán Méndez! ¡Viva España!

Al reconocer al antiguo teniente todo el regimiento prorrumpió en gritos de júbilo y de frenética alegría.

Al mariscal Brune, que acababa de bajar por la brecha, llamóle la atención un grupo de soldados que llevaban en triunfo al héroe español, y corriendo hacia ellos, sin poder contenerse, y enterándose de la proeza del exteniente, exclamó:

—El ejército francés envidia á los valientes como vos. No debe ser simple soldado de filas quien da tales pruebas de heroísmo: os hago coronel si queréis servir con el emperador.

—Agradezco infinito vuestras palabras, señor mariscal,—contestó el valiente de la Princesa,—pero mi deber y mi conciencia me obligan á preferir seguir siendo simple soldado de mi patria.

—En tal caso, dispensadme el honor de ser mi amigo,—repuso Brune.

Y bajando del caballo, abrazó con efusión á Espinosa, quien correspondió con noble modestia á tal demostración de afecto.

—¿Vuestro nombre?—preguntóle el mariscal.

—Ricardo Espinosa,—contestó serenamente el antiguo teniente.

—Lo tendré siempre muy presente, y venid á mí en cuantas ocasiones pueda tener la satisfacción de poderos ser útil en algo.

—Mil gracias, señor mariscal,—contestó Espinosa.—Podría darse el caso.

IV

A las pocas horas recibióse el correo de Hamburgo.

La señora Paca y su hija parecían muy contentas.

Garroyo estaba algo malhumorado.

Fué á ver á Petra, y al notar ésta su aire preocupado preguntóle cariñosamente:

—¿Qué tiene V., señor capitán?

—Espinosa puede creer que he querido venderle al pronunciar su nombre en un raptó de entusiasmo,—repuso el aragonés;—pero si algo le sucede, yo, que habré sido tal vez la causa de su ruina, he he de salvarle, aunque sea llevándolo todo á sangre y fuego.

—¿Qué puede pasarle de malo, cuando no se habla de otra cosa más que de su valor y de que gracias á su arrojo, se ha podido ganar esta ciudad?—replió la hermosa castañera.

—Tú no sabes, Petra, que lo mismo él que yo tenemos poderosos enemigos; pero, con todo, si le tocan á Espinosa un solo cabello, entonces ¡ay de los traidores que intenten hacerle daño! Por otra parte yo he hecho bien: era una mengua que los dos oficiales más brillantes del regimiento privasen de su ejemplo á los soldados. El regimiento entero ha aclamado á Ricardo cuando he revelado su verdadero nombre. Si el marqués de La Romana no tiene energía bastante para desoir los consejos que le dé Kindeland, entonces obraré yo.

—Y ¿cómo han podido pasar tanto tiempo sin que en el regimiento los conocieran?

—Todo ha venido á ayudarles, además de que han sabido desfigurarse muy bien y se han dejado

ver tan poco como han podido. De seguro que habrá habido quienes no hayan caído en el engaño; pero aun esos, sabiendo lo que convenia, han guardado para sí la sospecha, para que no les sucediese ningún percance á los dos perseguidos. No sabes tú cuán queridos han sido siempre en el cuerpo, desde el coronel hasta el último soldado. Hubieran los dos podido servir en la guardia de corps, pero nunca han querido dejar el regimiento. Esto les ha hecho muy dignos de estimación.

—Yo fui una de las personas que los reconocieron desde un principio, y también á la que aparentaba ser el ama del capellán: pero creí que les convenia mantenerse ocultos... y por eso no dije nada,—repuso Petra.

—Diste prueba de ser muy discreta: no me parece que sea así tu amiga Juana. Leo en su fisonomía un no sé qué que no me acaba de gustar. ¡Quiera Dios no le dé un día una desazón á Cuesta!

—El la quiere extremadamente. No es como V., que todo lo toma á broma.

—No siempre, chiquilla. Bien viste cómo me enfadé con aquel capitán francés que se creía conquistarte fácilmente, y cómo le paré los pies. ¿Y el cabo?

—El cabo se alegró mucho por de pronto, pero ahora empieza á inquietarle un poco que V. venga á verme alguna vez, aunque sus celos me traen sin cuidado.

—¡Pobre chico! Asegúrale que nada media entre nosotros que pueda inquietarle. Pero de todas maneras has de serme adicta, porque puedo necesitarte más de lo que te figuras.

—¿A mí? ¿Como dicen que se sirvió V. de aquella cómica de Hamburgo para dar un golpe y luego la plantó V. sin decirle *adiós* siquiera?

—La mandé quinientos duros, que la dejaron bien consolada.

—Pues yo no he de servir de instrumento á V. ni á nadie. Si V. no me quería, ¿para qué dármelo á entender?

—Ya sabes que fué un simple pique; pero, aunque yo te quisiera, no soy hombre capaz de jugarle á nadie una mala pasada. Así, pues, lo que haré será que asciendan á sargento á tu pobre novio para que podáis casaros cuanto antes.

—Pues bien: yo le diré á V. que al cabo no le quiero y que todo ha sido comedia.

—¿Cómo que no le quieres? Pues ¿para qué te viniste desde Madrid tras él?

—¿Qué excusa podía yo dar para venir?

—Y ¿para qué querías venir tú? ¿Qué misterios son esos?

—Pues, realmente, son misterios. ¡Ahí verá V!

Nunca había estado Petra tan hermosa ni se había parecido tanto á las Vírgenes de Murillo. Garroyo la miró fijamente.

—¿Qué tienes? ¿Estás enamorada?—le preguntó cariñosamente, cual si hablase con un niño.

Petra bajó los ojos sin responder, encendiéndose vivamente su semblante.

—Habla,—repuso Garroyo.—Dime si sufres y si puedo yo servirte en algo.

Petra bajó la cabeza.

—Pero ¿qué tienes?—continuó diciendo Garroyo, acercándose más.

El capitán vió como corrían las lágrimas por las mejillas de la gallarda castañera.

—Vamos: no me ocultes nada. ¿A quién amas? Dímelo. ¡Pobre del que te haga sufrir!

—¡No, no, no!—contestó ella.—No me diga usted nada más, ni quiera verme más tampoco.

Y desasiéndose de Garroyo, que procuraba sujetarla, salió precipitadamente del aposento.

El capitán quedó algo confuso.

—¡Si seré yo el novio!—exclamó.—En tal caso más valdría ella que otra.

Por la tarde Garroyo encontró á Petra del brazo del bizarro cabo de granaderos de su compañía, que se pavoneaba en actitud triunfante, cual si hubiese ganado otra plaza tan formidable cual la de Stralsunda.

Al ver á Garroyo cubrióse de mortal palidez el rostro de la madrileña y cayó desvanecida.

—¡Necio de mí!—exclamó el capitán.—¡Pobre Petra!

V

Después de recibir los abrazos de todos los soldados, oficiales y jefes de su regimiento, Espinosa se dirigió corriendo al hospital de sangre, establecido en el campamento de los sitiadores, para ver á Méndez.

El capitán había, como ya hemos dicho, recibido una herida causada por un casco de granada, inte-

resándole la parte media del brazo izquierdo, sobreviniendo á las pocas horas una intensa hemorragia que había hecho precisa una delicada operación consistente en ligar la arteria axilar.

Trece horas hacía que había acontecido aquella ocurrencia cuando le entró un fuerte delirio. Sin embargo, el cirujano del hospital aseguraba que la herida de Méndez no era grave, y que tampoco había necesidad de apelar á ninguna mutilación.

Mucho tiempo estuvo Espinosa al lado del herido, y por la noche se retiró otra vez á la plaza.

Al llegar á su casa recibió orden de presentarse en el cuarto de banderas.

Allí estaban el coronel y muchos oficiales, entregados á estrepitosas manifestaciones de alegría.

El coronel buscó en una mesa dos oficios y leyó:

«Teniendo noticia de que en el regimiento del mando de V. S. figuran dos soldados con los nombres de Juan del Río y Manuel del Río, y constándome con toda seguridad que bajo esos nombres se ocultan los dos oficiales, D. Enrique Méndez y D. Ricardo Espinosa, sumariados por desacato grave á mi persona, prevengo á V. S. que acto seguido los detenga y los remita á mi disposición, bien custodiados, para imponerles el severo fallo que dicte el consejo de guerra á que se les someta.—Hamburgo, 16 de agosto de 1807.—*Juan de Kindeland.*»

Espinosa contestó:

—Soy, efectivamente, Ricardo Espinosa, como el hasta ahora llamado Manuel del Río es mi amigo Enrique Méndez.

El coronel tomó otro papel y leyó:

«Dispondrá V. S., al momento de recibir el presente oficio, que se reintegre inmediatamente en sus empleos y sueldos respectivos al capitán de ese regimiento D. Enrique Méndez y al teniente D. Ricardo Espinosa, sobreseyéndose la causa formada contra ellos, y sin que les sirva de nota alguna desfavorable, por convenir así al mejor servicio de la nación.—Madrid, 9 de agosto de 1807.—*El príncipe de la Paz.*»

Entonces, cosa rarísima, singular y nunca oída, resonó un aplauso unánime al favorito.

—¡Viva el príncipe de la Paz!—gritó el coronel.

—¡Viva!—contestaron todos, abrazando con efusión á Espinosa.

—¡Teniente Espinosa,—exclamó el coronel,—sed

bienvenido otra vez al cuerpo que enaltecéis, lo mismo que vuestro valiente camarada! Todos vuestros compañeros y amigos, á una voz, piden que se os proponga para una alta recompensa. Vuestro nombre es citado hoy tres veces en la orden del día del mariscal Brune. En cuanto á mí, pido para vos el grado de coronel.

—¡Viva el coronel Jimeno!—dijeron los oficiales.

Espinosa estrechó la mano de su jefe, y dominado por la emoción la llevó á los labios.

—Y ahora, una pregunta: ¿cómo habrá sabido Kindeland que estabais aquí? Yo sé que nadie en el regimiento ha cometido la menor indiscreción. La delación ha partido de fuera, aunque dudo que haya un español capaz de vender á tales valientes como sois vosotros. Procuremos averiguarlo, y caiga sobre el delator la execración que merece.

VI

Garroyo tomó la palabra, conmovido y dirigiéndose á Espinosa exclamó:

—Esta mañana, entusiasmado con tantas hazañas como has hecho, no he sido dueño de mí y he prorumpido en vivas á tu nombre. Esto hubiera podido acarrear una delación, de la cual, aunque inoportunamente hubiera, sido yo la causa; pero á aquella hora ya estaba aquí el pliego de Kindeland, lo cual demuestra que hace días se sabía ya en Hamburgo. Yo sabré con quiénes han hablado Kindeland ó su ayudante, y prometo revelar el nombre del infame. Ya pronunciaría ahora uno, pero solo puedo fundarme en sospechas. Por lo tanto, yo me encargo de descubrir la trama, y á la vez de castigar al espía, que tal vez sea una mujer y no un hombre.

—Mi buen Garroyo,—dijo Espinosa,—no tienes para qué acusarte de nada, antes bien me enternece tu cariño. Nada temía yo con ser descubierto; pero así como me contentaba con dar por único castigo á los culpables la vergüenza de que conociésemos sus asesinatos, ahora quiero dejarles sentir el peso de nuestra justicia. Por lo tanto, ya que se nos combate á sangre y fuego, respondamos de igual manera. Ya que el general Kindeland asesinó al conde de Rehinsberg en Lima, al coronel Lladó en Madrid, y os quiso asesinar á vos en Arévalo; ya

que su ayudante Dupuy, llamado por su verdadero nombre Alberto Cavalcanti, robó é intentó asesinar á Matilde de Rehinsberg; y ya que ahora pretendía fuésemos condenados á pena capital Méndez y yo, tomemos una determinación: que corra á nuestro cargo imponerles la expiación de esas muertes y de esos proyectos sanguinarios, constituyéndonos en jueces suyos.

—Por mí, que mueran,—dijo el coronel.

—¡Qué mueran!—añadió Garroyo.

—¡Qué mueran!—repuso Espinosa.

—¿Quién se encarga?—preguntó el coronel.

—Decídale la suerte,—dijo Espinosa.

El teniente escribió cada uno de los tres nombres en un papel, y doblándolos sacó uno.

—¡Garroyo!—dijo.—A tu cargo queda librar al mundo de esos miserables.

—No esperaba tanta dicha,—contestó el capitán.

—Dispón de todo lo que podemos y valemos,—dijo el coronel.

—¿Qué plazo me dais?—preguntó Garroyo.

—Cuanto antes,—contestaron Espinosa y Jimeno.

—Descansad en mí,—repuso Garroyo.

VII

Los tres se separaron. Espinosa estaba con cuidado por Méndez y corrió al hospital; el coronel se dirigió á ver al mariscal Brune, y Garroyo, dominado por fuertes emociones, iba pensando en su terrible encargo, á la vez que en el desmayo de Petra.

Daban las once de la noche cuando Espinosa entraba por segunda vez en el hospital de sangre. Llevaba el uniforme de teniente y aparecía con su expresión natural y su propio color, no desfigurado ya como en otro tiempo.

Triste aspecto presentaba aquel local. Era una gran tienda de campaña con doce camas y otras tantas mesillas. Encima de cada cama pendía de la lona un crucifijo. La sala exhalaba un fuerte olor de medicinas.

Una linterna lanzaba su palidez y amortiguada claridad en aquel lugar de desolación. Oíase el fatigoso respirar de unos enfermos, el gemido incesante de otros, ayes, gritos entrecortados, estertores de agonía y murmullo de rezos.

El pobre sargento Castro se quejaba con apagada voz de la herida de la cabeza, que le producía extraños delirios. Ortego, impávido, había sufrido heroicamente la extracción de una bala, que afortunadamente no había penetrado en la cavidad abdominal, deteniéndose en las paredes del vientre.

Espinosa les estrechó la mano á ambos y se dirigió á la cama donde yacía Méndez.

El capitán dormía. Blanco el semblante, crecida la barba, despejada la frente, contraída la boca por dulce sonrisa, parecía una figura celestial. Méndez era el más valiente y el más modesto del regimiento. No daba jamás importancia á ninguna proeza si él la realizaba, pero no había entusiasmo como el suyo haciéndola otro.

Espinosa le miraba con los ojos humedecidos.

—¡Matilde!—exclamó el enfermo con voz apenas perceptible.

El teniente le cogió una mano.

—¡Ricardo!—dijo entonces el herido, abriendo los ojos y viendo junto á sí á Espinosa.

—Enrique: ¿cómo te encuentras?—preguntóle con cariño de hermano el bravo teniente.

—No podría estar mejor si también la tuviese á ella á mi lado como te tengo á tí. ¿Has sabido algo?

—Sí,—dijo Espinosa;—continúa perfectamente en el convento de las Ursulinas de Hamburgo, esperando tu regreso.

—Y tú, ¿no has tenido ninguna novedad?

—Ninguna que sea desagradable.

—¿Y el coronel? ¿Y Garroyo?

—Buenos.

—¿Y Cuesta?

—También. Pero no conviene que hables más. ¿Quieres algo?

—Nada. Hazme compañía un rato.

Espinosa permaneció allí tres horas, y al dar las dos volvió á entrar en la plaza.

Al ir á atravesar uno de los canalizos vió dos personas detenidas en el puente, mirando correr el agua. Eran un hombre y una mujer.

—Dos enamorados,—pensó para sí Espinosa. E iba á cruzar cuando le llamó la atención oír pronunciar su nombre.

Espinosa se detuvo. La sombra que proyectaba un enorme canalón de piedra, en figura de dragón, que asomaba de una baja azotea, le sirvió perfectamente para ocultarse.

—¿Y tú le has visto vestido otra vez de teniente?—decía la mujer.

—Claro está que sí. Ha llegado de Madrid la orden de rehabilitarles á los dos,—contestó su compañero.

—Pues decían que iban á mandarles á Hamburgo.

—Sí, en efecto. Kindeland lo tenía así dispuesto, pero Godoy manda más que Kindeland.

—Me alegro, porque es un guapo joven, aunque poco amigo de amoríos.

—Sí: es un tipo acabado de militares pundonorosos.

—Y la novia del capitán, ¿qué se ha hecho?

—Nadie ha podido saberlo, ni Garroyo mismo, y eso que son íntimos amigos y es el que enamoró á la tiple para que cantara aquella ópera, que dió lugar á tantas habillitas por lo que sucedió en el palco de los generales.

—¿Y la novia de Espinosa?

—Esa regresó á Madrid el día que nos fuimos, acompañada de la condesa de San Lorenzo.

—Son simpáticos esos oficiales y su coronel.

—¿Más que yo?

—¡Ingrato! ¿Quieres aún más pruebas de que te adoro con toda mi alma?

—No; pero no me gusta que encuentres bien á nadie más que á mí.

—Siempre te enfadas con tu pobre flamenquita. No quieres decirme nunca nada que te pregunte, y eso que sabes que soy curiosa.

—Pero tal vez eres indiscreta también.

—¿Por qué me dices eso?

—Por nada; pero fué una maldita casualidad la de que llegases á saber que Juan del Río y Manuel del Río eran Espinosa y Méndez, y que al punto lo supiese Kindeland.

—¿Y qué culpa tengo yo de que ocurriese tal casualidad? ¿Acaso lo dije yo á nadie?

—¿Recuerdas bien que no lo dijistes á nadie?

—Estoy segura. A no ser que Garroyo se lo dijese á la Petra...

—No: Garroyo nada dijo. Sólo lo oíste tú aquel día, oculta en mi tienda.

—Mira pues: no hablemos más de eso, supuesto que tus amigos han evitado el golpe que les amagaba. ¿Sabes que el furriel está furioso? ¿Qué vamos á hacer con él?

—Será preciso buscarle otro cuerpo en que ser-

vir. Lo mejor sería enviarle á España. Yo lo siento mucho; pero una vez que tú me juras que sólo á mí me has querido, no hay para qué guardar consideraciones á nadie. Yo no sé qué me ha pasado contigo, Juanilla; pero me es tan imprescindible verte y oírte repetir á cada momento que me quieres, que yo mismo no me reconozco. A veces me espanto al considerar hasta dónde podrías arrastrarme si te empeñaras á ello.

—¿Pues hasta dónde me seguirías?

—Hasta sacrificarme cuanto soy y cuanto tengo: todo, todo, absolutamente todo. Parece que me has dado un bebedizo para quitarme la voluntad, y, me horroriza decirlo, hasta para...

—¿Para qué?

—Pues bien; hasta para sacrificarte mi honor.

—Ya te he entregado yo antes el mío.

—Hay diferencia,—dijo la voz de hombre con tono sombrío.—Pero vámonos,—añadió;—la noche

se pone mala. Te dejaré en tu casa y me iré al cuartel, donde me aguardan.

Efectivamente, la luna, que tan brillante apareció la vispera, se había ocultado entre negras nubes y se dejaba sentir un viento fresco y húmedo. Pronto se oyó un lejano trueno, y á los pocos momentos se desencadenaba una fuerte tormenta.

Espinosa había reconocido la voz de Cuesta y de Juana, sorprendiendo el secreto de la delación, y resolvió ponerse en guardia. Dejó que se ausentaran los dos amantes y en seguida emprendió el camino de su alojamiento. De lejos vió como Cuesta se despedía de la flamenca dejándola en su casa, y oyó el ruido de la cerradura al dar la vuelta á la llave.

La lluvia arreciaba y el teniente se vió detenido por un gran charco de agua. Dió un rodeo, y al fulgor de un relámpago vió abrirse de nuevo la puerta y entrar en la casa el furriel.

—¡Miserables!—murmuró Espinosa.



CAPÍTULO XV

Petra

I

QUINCE días habían pasado desde la entrada de los españoles en Stralsunda, cuando una mañana recibió Espinosa la visita de Garroyo. El capitán estaba alegre y decididor como nunca, pero cual si quisiera distraer algún hondo pesar.

—¿Qué te trae por acá tan temprano?—le dijo Ricardo.

—Una aventura singular y única: sé que Juana estaba oculta en la tienda de Cuesta el día en que le hablé á éste de vosotros proponiéndole un golpe de mano para sacaros del *incógnito*.

—¿Y qué golpe querías dar?—le preguntó con tono indiferente Espinosa como si nada supiese.

—Sublevar todas las tropas, ir á Hamburgo á coger á Kindeland y á Dupuy, fusilarlos y llevarte en triunfo.

—¡Calaveradas tuyas! Pero ¿cómo has sabido eso?

—El furriel, el novio de la gitana, ha venido á contármelo esta mañana.

—¡Qué infamia!

—¿Infamia el contármelo? Nada de eso. Yo sospeché siempre de esa Juanita que me parece una criatura diabólica. Le ofrecí al furriel un ascenso si descubría al delator, y poco á poco se lo ha sonsacado á la muchacha, que parece se entiende con Cuesta y con él.

El furriel no se traga por eso la partida; pero, deseoso de vengarse de Cuesta, hace como que sigue queriendo á Juana, resuelto á hacer cualquier día una barbaridad.

—¿Y qué piensas hacer con Cuesta?

—Pues advertirle de lo que pasa, y si no quiere seguir nuestros consejos allá se las haya.

—Me parece bien. El capitán acabará desastrosamente si no deja á esa mujer. ¡Lástima de amigo! Desde el momento en que no abandonó el fingido galanteo cuando ya no tenía razón de ser, comprendí que se había tornado pasión verdadera lo que empezó por pique. Siempre es malo jugar con fuego.

—¿Dices eso...?

—¿Por ti? ¿Qué motivos tienes para que pueda referirme á ti?

—Pues óyelo: ¿tú crees en la sinceridad de Petra, la castañera?

—La creo dotada de nobles sentimientos. Ella sabía quién era yo y jamás me lo dió á entender. Además sé rasgos suyos de caridad y de abnegación admirables. Ha estado expuesta al fuego curando los heridos y no se mueve ahora en todo el día del hospital.

—Pues la tal Petra me salió un día con que si se había marchado de Madrid figurando seguir al cabo

Sánchez había sido por simple conveniencia para ir tras de otro por quien me aseguró que estaba muerta de amores, y meditándolo bien creo que debo pensar que este otro soy yo. No sé cuántas majaderías hube de decirle que se figuró que ninguna clase de interés despertaba ella en mí, á no ser mi deseo de que me sirviese de instrumento para nuestros planes, y despechada ó desesperada, ó loca, no me cabe duda de que al salir de mi casa se dió al cabito como una mujer cualquiera. Pero ahora... ahora...

—¿Qué?

—Que me parece que la quiero rabiosamente y que me estoy muriendo de ganas de ir á estrangularles al bruto del cabo y á ella. ¡No sabes lo que me cuesta olvidarla. Hace quince días que no como, ni duermo, devorado por los celos y pensando en que todos saben lo que ha hecho.

—Realmente, la cosa no tiene remedio: es ya una mujer perdida.

—¡Cruel eres!

—Es la verdad. No obstante...

—¿Qué?

—Yo de ti la iría á buscar, le diría que la adoro, y...

—¿Te casarías con ella y...?

—Nunca; pero la querría con toda el alma. Al fin y al cabo, la culpa de lo que ha hecho es tuya.

—¡Harto lo veo!

—Y el disparate que ha llevado á cabo tú se lo hiciste cometer.

—Verdad. Al verme se desmayó. ¡Cuánto me pesa que...! Porque al fin y al cabo, así que ella se fué y que yo abriendo los ojos á la luz comprendí que la pobrecita todo lo había hecho por mí, me pasó por las mientes la idea de que bien podía hacerla yo mi mujer; pero ¡quíá! salió disparada como una flecha, y á las dos horas... *finibus terræ*, como diría la interesante espía de Kindeland. ¿Pero tú crees que yo estoy aún á tiempo de decirle á Petra que la quiero?

—Claro está que sí.

—Pues mira: ahora que ya sabes de quién salió la delación, me voy corriendo á mis asuntos propios. Si tuviese que recurrir á algún desafío cuento contigo como padrino.

El capitán y el teniente se abrazaron con efusión y Garroyo se fué, saltando las escaleras de cuatro en cuatro.

II

Garroyo corrió á casa de Petra, y sin anunciarse entró en el aposento en que se encontraba la bella joven.

Petra estaba cosiendo silenciosamente. En pocos días había enflaquecido mucho. Tenía los ojos enrojecidos de llorar y descoloridos los labios. La tez había perdido sus rosicleres. Iba con el cabello descuidado y estaba anublada su frente por dolorosas ideas.

Al ver á Garroyo se puso en pie, como movida por un resorte, y tuvo que apoyarse en una silla para no caer. Con todo, estaba hermosísima, brillando en sus facciones la contractura de la pasión vehemente y ciega en lugar de la plácida serenidad que antes revestían. Brotaron llamas de sus ojos al ver al capitán, y ocultó apresuradamente su mórbida garganta, subiéndose el pañolón de espumilla encarnado que llevaba echado sobre los hombros y anudado por detrás en la cintura. Con todo, podía admirarse todavía la nitida blancura de los torneados y desnudos brazos, y la corta basquiña dejaba descubrir un verdadero pie de madrileña de pura raza, cuidadosamente calzado con primorosos zapatitos.

—¡Usted aquí!—exclamó Petra con voz entrecortada.—¿Qué me quiere V.? ¿No sabe V. quién soy yo?

—¡Pobre Petra!—murmuró Garroyo.—¡Qué desgraciado he sido!

—¿Usted desgraciado? ¿A qué viene V. ahora con eso? ¿Qué ha perdido V.? ¿Qué bochorno ha sufrido V.? ¿Qué desengaño ha venido á arrojarle á la deshonra y al oprobio?

—¡No me hables así, Petra, mi querida Petra!

—¿Su querida Petra me llama V.? ¿Y desde cuándo me quiere V. tanto? ¿Desde que soy una mujer perdida?

—¡Calla: por favor te lo pido! ¡Olvida lo que hayas podido hacer en un momento de ceguedad! Tú no eres una mujer perdida: tú eres buena, tan buena como un ángel. No hubieras hecho lo que has hecho á no serlo tanto. Yo te quería y no lo conocí hasta que me huiste. Entonces comprendí lo que estaba pasando en mi alma desde el primer momento que te vi. Luego, cuanto más he pensado en ti, y cuanto más te he mirado, más ha aumentado el encanto que

desde un principio sentí por tu belleza. Yo no creí que me amases, ni entonces ni antes: por eso quería desechar la pasión que me inspirabas. Tus palabras últimas fueron para mí una revelación, y cuando iba á postrarme á tus pies...

Petra bajó la cabeza.

Garroyo se acercó á ella, y la dijo con apasionado acento:

—¡De todas maneras, yo te adoro: ámame!

Petra le cogió las manos y se las besó.

—¿Y no se avergonzará V. de mí?—preguntó con voz temblorosa la hermosa joven.

—La culpa ha sido mía.

—¡Si me quieres,—contestó ella,—si no me engañas, te ruego por favor que huyamos de aquí en seguida! Yo te seguiré á todas partes; pero el pensar que todos saben lo que he hecho me da tal vergüenza que no me atrevería á pronunciar tu nombre delante de nadie, ni tendría valor de que vieses que me diriges la palabra. ¡Huyamos lejos, á América, y allí clavame en la espalda la marca de ser yo tu esclava! ¡Huyamos á Inglaterra y di que me has comprado! ¡Huyamos donde quieras, pero que no vean tus amigos que quieres á una mujer sin honra!

—¡Basta que yo te ame para que todos deban respetarte y arrodillarse á tus plantas si lo mando!

—Yo te causaré mil sinsabores. Eres impetuoso y no consentirás que nadie me falte, y eso no podrá ser. ¡Mira, alma de mi alma, á lo que te expones! No hay más remedio, si no, ó que me mates ó que huyamos de todas partes donde nos conozcan.

—Deja de pensar en eso, mi bien. No puedo alejarme hasta dentro de quince días. Tengo un compromiso de honor.

—¡Huyamos, huyamos! ¡Mira que dentro tres días sale de aquí la tropa!

—No; ahora no: más adelante sí. Necesito estar sólo quince días en Hamburgo.

—¡Pronto, huyamos, huyamos antes de que las tropas abandonen esta plaza!

—¡No! ¡Calla, por Dios!

—¡Pues bien: te va la vida en hacerlo!

—¿La vida?

—¡Toma, lee esto, y al ver lo que se trama huirás!

Petra se levantó, y abriendo un viejo armario de nogal que había en un ángulo de la estancia sacó un papel y lo entregó á Garroyo.

III

El capitán leyó lo que sigue, escrito en francés:

«Al evacuar las tropas españolas á Stralsunda detenga V. E. al coronel del regimiento de la Princesa y á los oficiales Méndez, Garroyo y Espinosa, entregándolos á la comisión militar encargada de juzgarles por tentativa de sedición contra S. M. I. el emperador de los franceses, esperando que el tribunal se mostrará tan severo cual cumple al tratarse de un delito de lesa majestad.—Hamburgo, 26 de agosto de 1807.—*El príncipe de Ponte-Corvo*.—A. S. E. el señor general Boudet.»

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Es un pliego que ha traído hoy mismo de Hamburgo la Sra. Paca. Yo lo he abierto con cuidado, temerosa de algo, porque siempre que vuelve ella de Hamburgo os sucede alguna desgracia, y aunque no sé francés, al ver vuestros nombres y las palabras *comisión militar y sedición* he comprendido que estaban amenazadas vuestras vidas.

—Está bien,—dijo Garroyo.—Trae papel.

El capitán dió al pliego que le entregó Petra la misma forma en que venía el de Hamburgo y escribió en correcto francés:

«Al entregarle el presente oficio detendrá V. E. á la dadora, á su hija y al amante de ésta, furriel del regimiento de caballería del Rey, debidamente custodiados, y les mandará V. E. á la fortaleza de la isla de Rugen, donde permanecerán rigurosamente encerrados é incomunicados hasta nueva orden, encargando á V. E. se proceda con el mayor sigilo en este asunto, hasta el extremo de no darme cuenta de él por escrito y si verbalmente á nuestra vista.—Hamburgo, 26 de agosto de 1807.—*El príncipe de Ponte-Corvo*.—A. S. E. el señor general Boudet.»

Luego encerró el pliego dentro la carpeta y lo volvió á poner en el armario, rompiendo á pedazos y quemando el original.

—Ahora estamos ya salvos,—dijo Garroyo.—En Hamburgo nos entenderemos con Bernadotte.

Petra entonces sacó de su bolsillo una carta y la entregó á Garroyo.

—No la leas hasta tu casa,—le dijo.

—¿Por qué hasta casa?—contestó el capitán.

La joven se ruborizó. Garroyo abrió la carta, escrita en trémulos caracteres, desfigurados intencio-

nadamente, pero sin que dejase de reconocerse la letra de la castañera, y leyó: «Huid en seguida vos y vuestros amigos, pues van á prenderos.»

Garroyo no pudo abstenerse de dar un estrecho abrazo á su salvadora, y dominado por profundísima emoción exclamó:

—¡Gracias, gracias, vida mía!

Saliendo de allí corrió á referir el hecho al coronel y á Espinosa.

Pocas horas después la Sra. Paca, Juanita y el furriel quedaban encerrados en los húmedos calabozos de la isla de Rugen, con tanto sigilo que nadie, excepto Petra, lo notó.

Al ir Cuesta á casa de su querida y no encontrarla, y al faltar de la lista el sargento, no tuvo límites su desesperación.

—¡Me engañaban,—exclamaba,—me engañaban, los infames!

—¿Hasta ahora no lo has conocido?—respondió friamente Espinosa.

IV

Las tropas españolas salieron de Stralsunda á primeros de setiembre de 1807, quedando de guarnición en la plaza la famosa división Boudet que había sido conducida por Desaix á la victoria en la batalla de Marengo, según tenía costumbre de repetir incesantemente el sargento Rochoux.

Nuestros soldados se habían cubierto de gloria durante el sitio, siendo modelo de valor y disciplina y mereciendo la admiración de las veteranas y aguerridas tropas de Napoleón, según testimonio de eminentes historiadores extranjeros.

El mariscal Brune entró en Hamburgo llevando á su lado al coronel Jimeno y figurando en su estado mayor el teniente Espinosa.

Habían salido á recibirlos hasta la puerta de la ciudad el mariscal Bernadotte con el marqués de La Romana y D. Juan de Kindeland.

El coronel y Espinosa hicieron un marcial saludo, al cual contestaron afectuosamente Bernadotte y La Romana, pero Kindeland se puso pálido como un difunto, mirándolos con espantados ojos, mientras Dupuy bajaba la cabeza como un criminal al oír su sentencia de muerte.

A Espinosa y al coronel les llamó naturalmente la

atención que Bernadotte no hubiese dado ninguna señal de sorpresa al verles, y resolvieron salir de dudas en el acto de la recepción, que debía tener lugar al día siguiente, y al cual debían concurrir todos los cuerpos.

Al encontrarse solos el coronel y Espinosa hablaron del asunto con la consiguiente sorpresa.

—La orden de quedar detenidos era falsificada: no me cabe duda,—dijo Espinosa.

—No puede ser otra cosa. El mariscal Bernadotte es muy noble y jamás nos hubiera recibido con el afecto que nos ha demostrado si hubiese firmado por su mano la orden que Garroyo quemó.

El plan estaba bien trazado. Dada la rapidez de la sumaria, y con el testimonio de las gitanas y el furriel, quedaba despachado todo en tres días, y al enterarse el mariscal ya hubiéramos estado al otro mundo, cuidando los delatores de ponerse en salvo.

—¡Qué infamia! ¡Cuántas traiciones!

—Garroyo hizo mal en no poner que los ahorcasen en seguida.

—Es preciso que le enteremos de eso al marqués

—Sí: hay que prevenirle de todo.

V

El coronel fué á presentarse al general en jefe.

Era por entonces el marqués de La Romana un hombre de cuarenta y seis años, de pequeña estatura, pero de complexión recia y enjuta, acostumbrado su cuerpo á abstinencias y rigores. Tenía vasta lectura, sabía el griego y el latín, y eran sus autores favoritos Jenofonte y Plutarco, que leía en el original y le habían inspirado sublimes ideas y nobilísimas ambiciones que se avenían perfectamente con su carácter ardiente y singular. Había empezado por servir en la marina, pasando al ejército cuando la guerra del 93 con Francia, en cuya ocasión se distinguió por su pericia y valor y ascendió á general. En el mando de Cataluña mostróse hábil y bizarro. Como particular era un modelo de caballeros; como general un jefe excelente y querido; como hombre, digno de toda estimación por su sólida y variada instrucción y sus caballerosos sentimientos. Con todo, habíale faltado á veces suficiente entereza, pecando de distraído y cayendo en olvidos y raras contradicciones. Cuando escuchaba á sus

aduladores se enredaba en malos é inconsiderados pasos, pero en general predominaba en sus disposiciones su buena inclinación natural.

Formaba el mayor contraste con la rigidez y las severas costumbres del buen marqués las de su ayudante el coronel D. Juan Díaz Porlier. ¡Era éste un guapisimo mozo, temerario, bullicioso, calaverón, patriota, liberal, rico y generoso hasta la exageración. Llamábanle *el marquesito*, suponiéndole sobrino de la Romana, y era el terror de los oficiales franceses. Había estado en Eylau y en Friedland mandando un escuadrón de caballería española, que se dirigía en aquella fecha desde Toscana á Hanóver, y después de matar media docena de rusos había salvado á un subteniente francés, que iban á asaetear los cosacos como á otro San Sebastián. Ya hemos visto que en el Pavillón de Hamburgo un comandante de granaderos de la guardia, encarándose con el gallardo marquesito, había brindado por el emperador amenazando con cortar las orejas al que dejase de hacerlo, y que la respuesta de Porlier fué tirarle una botella á la cabeza y clavarle una bala en la frente al siguiente día.

El marqués de La Romana le profesaba singular afecto, presintiendo tal vez el desventurado fin que le esperaba en su país al heroico guerrillero.

Al ver Díaz Porlier á Jimeno le dió mil abrazos y corrió á anunciarlo al general.

—Oye, Juanito,—preguntó el coronel;—¿hay algo sobre mí y varios oficiales del regimiento?

—Sí: van á haceros generales á todos para que rabien los franchutes. Vamos, entra, que ya te lo dirá en latín el Sr. D. Pedro.

El marqués se precipitó en brazos de Jimeno así que le vió entrar.

—Coronel,—le dijo;—en nombre de la patria le felicito á V. y á los valientes de su regimiento por su admirable conducta durante el sitio. El mariscal Brune no sabe dónde poner á Vds., entusiasmado con las proezas de que ha sido testigo, y el príncipe de Ponte-Corvo le escribe particularmente al emperador para que otorgue al cuerpo de su mando de V. una alta recompensa.

—Gracias, mi general,—contestó Jimeno.—El amor á España y el deseo de hacernos dignos de la estimación de V. E. ha sido el móvil de nuestro comportamiento.

—Déjese V. de tratamientos, coronel: nos conoce-

mos de tiempo, mi querido Jimeno, y peleamos juntos el 93.

—Nunca olvidaré lo mucho que V. E. se distinguió en la defensa del puente de Biriatori, mi general, y por lo mismo sentiría infinitamente que por cualquier embuste ó cualquiera villana calumnia pretendiese robarme ese afecto que yo estimo en tanto.

—¿Por qué habla V. así, mi buen amigo? ¿Usted, que es la lealtad y el honor en persona, puede ser blanco de calumnias? Pues aunque me dijeran que pretendía V. ser brigadier, no lo había de creer, y eso que lo propongo á V. para general y para qué sé yo cuantas cosas más.

—Si V. E. me lo permitiera, mi general, habría de contarle cierto episodio interesante que ocurrió en Stralsunda.

—Habla V. con Pedro Caro, amigo Jimeno. Le escucha á V. el hermano de armas y en manera alguna el general.

—Pues precisamente eso quería yo, porque no vengo á pedir justicia, sino á advertir al amigo del alma y al noble caballero.

—Me tarda en saber eso, Jimeno.

—Va V. á oír, marqués. Un amigo, oficial distinguidísimo como todos los de mi regimiento, encontró por casualidad con un pliego firmado por el príncipe de Ponte-Corvo en el que se mandaba que al salir de Stralsunda las fuerzas españolas quedásemos allí varios oficiales y yo entregados á una comisión francesa, acusados del delito de sedición contra el emperador.

—¡Qué infamia! Ese pliego era falsificado. Bernadotte no ha visto eso, ni hubiera jamás firmado semejante documento sin decírmelo. ¿Y qué hizo el oficial?

—Suplantó el oficio, haciendo de manera que resultasen presos los cómplices de tan inicuo delito, y allí quedan incomunicados.

—¡Miserables! ¿Y no calcula V. de dónde puede proceder esa villana intriga?

—No atino, mi general.

—De todas maneras eso demuestra que tienen Vds. indignos enemigos que no reparan en medios para perderlos. Es preciso tener un alma de demonio para valerse de semejantes armas. ¿Y los presos?

—Según el oficio que se cambió, no tendrá de ello noticia el mariscal hasta que regrese Boudet.

—Boudet tardará aún mucho en regresar. ¿Qué le parece V. que hagamos?

—Nada: que se pudran allí.

—Pero los encerrados son meramente los instrumentos de los otros. ¿Y las cabezas de ese complot?

—Las cabezas... ya nos encargaremos nosotros de derribarlas.

—Haga V. en este sentido cuanto quiera: seré ciego y sordo. No le hable V. al príncipe de Pontecorvo de nada de esto, pues le daríamos un verdadero disgusto. Entretanto que sigan, pues, purgando su mala acción los viles perpetradores de semejante maldad.

—Gracias, mi general. No hay ya, en efecto, para qué hablar más del asunto.

—¿No me trae V. ninguna propuesta de ascensos?

—No, mi general: nos basta haber cumplido con nuestro deber. Cuando se trate de servicios hechos á la patria, entonces será hora, porque la patria se enorgullece premiando á sus buenos hijos; pero en una guerra como esa, todo lo hemos hecho para demostrar lo que somos los españoles y para honrar la persona de V. E.

—Bien: nobles palabras son esas, como todas las que le dicta á V. su gran corazón; pero yo me encargaré de que el Gobierno no mire así como así á los que tales muestras de admiración han conseguido de amigos y adversarios.

—Mi general, nada pido.

—Lo pediré yo, coronel.

Los dos se abrazaron, y Jimeno salió del aposento llena de gratitud el alma al ver el gran corazón de La Romana y al propio tiempo de mal reconcentrada cólera al pensar en la infamia de Kindeland.

VI

En las últimas escaleras topó de manos á boca con el siniestro segundo jefe y le saludó irónicamente.

Kindeland bajó la cabeza.

Al llegar á su casa encontró á Cuesta esperándole, lleno de agitación.

—¡Coronel!—exclamó.—Vos debéis saberlo: ¿dónde están?

—¿Quiénes? ¿Estáis loco, capitán? No sé de qué habláis ni á quiénes os referís.

—Bien sabéis de quiénes hablo. Decídmelo, decídmelo, por Dios.

—¡Pero yo qué sé! Para cosas así hay que dirigirse siempre al comandante Dupuy.

—¿A Dupuy? ¿Por qué á Dupuy? ¿Acaso me ha vendido y abandonado por él? ¡Les mataré!

—No se trata de eso; pero...

—¡Coronel, decid, por Dios!

—Por el diablo os lo diré, y es que como Dupuy es el mismo demonio, quizás él os podrá facilitar alguna orden para que suelten y os entreguen á los que tanto echáis de menos. Ya veréis cómo él lo hará al momento. Id, id, amigo.

El aturrido capitán fué corriendo á ver al ayudante.

El digno edecán se paseaba á grandes pasos por la habitación, abrumado por negros pensamientos. Al ver entrar á Cuesta no pudo contener un gesto de mal humor y desprecio.

—¿Qué queréis?—le preguntó con displicencia, como si su presencia le incomodase.

—Decídmelo, y haceos cargo de que os habla un hombre sumido en la desesperación: hace días, desde que salimos de Stralsunda, que han desaparecido tres personas, y me es imposible averiguar su paradero. ¿Sabrías vos...?

—¿Y qué me venís á contar á mí?—replicó brutalmente Dupuy.—¿Soy yo acaso comisario de policía? ¿Qué tengo yo que ver en que hayan desaparecido tres personas ó en que reviente á la vez la mitad del género humano? Dejadme, pues, y no me venzáis con impertinencias.

—Me han dicho que vos quizás podríais darme alguna orden.

—¿Quién os ha dicho eso? ¿Quién os ha hablado de órdenes?—exclamó Dupuy, lívido y como delirante.

—El coronel Jimeno,—respondió el pobre capitán con la mayor inocencia.

Dupuy no contestó, y sin fijarse en la presencia de Cuesta se dejó caer como anonado en un asiento.

Pasó un rato, durante el cual el miserable parecía haber perdido el conocimiento.

Por fin volvió en sí, y al ver á Cuesta exclamó con acento colérico:

—¿Pero no me dejaréis todos en paz? ¿A qué venís á acabar de volverme loco? No sé nada, capitán; no sé absolutamente nada. Basta. ¡Salid!

Dupuy pronunciaba palabras incoherentes que en

vez de tranquilizar á Cuesta le hicieron creer que realmente el ayudante era el que tenía conocimiento del paradero de la gitana, y se propuso no dejarle ni á sol ni á sombra hasta hacerle declarar en dónde estaba la Juana, de cuyo paradero sabía, á la verdad, Dupuy tanto como él.

Lo único que le constaba á Kindeland y á su satélite era que el pliego falsificado no había llegado á manos del mariscal Brune ni de Boudet, pero no sabían que éste había recibido otro, y se rompían la cabeza en conjeturas acerca de cuál había podido ser la suerte de sus cómplices, pues el coronel del regimiento de caballería española, fiel á lo que disponía el oficio que le leyó Boudet, no había dicho una palabra á nadie acerca del paradero del furriel, por más que Kindeland le había interrogado repetidas veces.

Con lo dicho por el atolondrado capitán sabían ya que el coronel y sus amigos estaban al cabo de la infame maquinación tramada para hacerles perder la vida. Ellos, sin duda, eran los autores de la desaparición de las gitanas y el furriel.

Quedaba como último recurso apoderarse del ánimo á veces indeciso de La Romana, con el cual, gracias á su doblez y á innobles adulaciones, estaba en buenos términos el segundo jefe, y así se propuso sondear el ánimo del general.

Dejó Kindeland pasar algunos días, y una tarde, estando á solas con el marqués, le dijo:

—¿Tiene V. completa confianza, mi general, en la fidelidad de todas las tropas?

—Absolutamente,—dijo Caro.—No cabe ejército ni más lucido ni más disciplinado.

—Sin embargo, hay algún cuerpo del que á veces desconfío por creerlo muy inficionado de jacobinismo.

—No abrigue V. temor alguno; pero ¿á cuál se refiere V.?

—No quisiera señalar en particular á nadie; pero si V. me obliga...

—Sí: diga V.

—Pues desconfío mucho de la Princesa.

—¡Ya decía yo que, llevado de su buen celo por la causa del rey, veía V. visiones, D. Juan!

—Siendo así, me alegro, y no insisto.

—Y ahora he de advertirle á V. que si nunca le vienen con enredos acerca de la brillante oficialidad de ese regimiento, conteste V. que miente cualquiera que intente manchar su envidiable reputación. Por lo demás, general, el regimiento de la Princesa es como cosa mía, y si nunca hubiese yo de valerme de una fuerza capaz de todo, elegiría ese cuerpo.

Al cabo de quince días llegaba de Madrid aprobada la propuesta de gracias, en virtud de la cual el coronel ascendía á brigadier, Méndez á comandante y Espinosa quedaba nombrado coronel graduado. El regimiento pasó á ser mandado por Espinosa, interinamente, cosa no extraña en unos tiempos en que Godoy había sido generalísimo de mar y tierra á los veintiséis años. Méndez mandaba el primer batallón; Garroyo, hecho también comandante, el segundo; y el tercero un bravo veterano llamado Casablanca.

Al tomar posesión de su cargo, Espinosa se limitó á decir:

—Señores: mi único deseo al encargarme del mando de este cuerpo es que todo siga igual que antes. Nada os toca hacer á vosotros: sólo á mí me cabe la obligación de identificarme en cuanto lo consientan mis fuerzas al modelo de jefes que vengo á reemplazar.



CAPÍTULO XVI

Á bordo

I

AL terminar Matilde el aria de la *vendetta* en el *Don Juan* salió precipitadamente del teatro en compañía de Méndez y Espinosa, y por influencia de cierta devota dama amiga de Porlier entró en seguida en el convento de las Ursulinas. La cosa se hizo con tanta rapidez y sigilo que no trascendió absolutamente á noticia de ningún extraño. A la mañana siguiente, como ya sabemos, salió de Hamburgo Rosario Albenza con la condesa de San Lorenzo. Así creyó deber disponerlo Espinosa, ya que ningún temor abrigaba por sí y sólo podía inquietarle cualquiera trama contra su novia si llegaba á ser descubierta.

Matilde había seguido con atenta mirada todas las peripecias que sucedieron en el palco de los generales. Al ver la repulsiva fisonomía de su asesino sintió agolpársele la sangre á la cabeza y bullir en ella ideas de venganza. Considerábase capaz por sí sola de aplastar como á un venenoso reptil al que le había robado honra, fortuna y no pudo también la vida por un milagro de la naturaleza.

Una vez entre aquellas religiosas, y al respirar la atmósfera de ternura y sublimidad que allí reinaba, Matilde apareció otra vez como la aristocrática descendiente de los condes de Rehinsberg y la heredera de su ilustre nombre. La nobleza de su porte adquirió una majestad de reina, sus modales

fueron los propios de una gran dama, y su conducta, llena de sencillez y de dignidad á un tiempo, inspiró respeto á todas sus compañeras. Quien hubiese visto á Matilde con el hábito de monja la hubiera tomado por la hija de un rey.

Su semblante había perdido aquella expresión algo extraviada con que la habían conocido nuestros héroes en el castillo, y aparecía sereno, risueño y tranquilo como la superficie de un lago de profundas aguas; sus azulados ojos miraban como los de una diosa; su boca parecía la de una estatua griega, y tenía el andar de una emperatriz. Aquella existencia de reservadas maneras y graves ocupaciones era su elemento á propósito.

Confiada en Méndez, aparecíasele el pasado como un vago sueño. ¡La realidad era tan hermosa! Así, no pasó inquietud durante su ausencia. Si la hubiesen dicho que Méndez había muerto, lo habría sentido como si le hubiesen dicho que iba también á morir ella. Hubiera profesado y habría acabado sus días en el convento; pero ella sabía que Méndez no moriría, que debía vivir y que viviría.

Así fué: curóse de su herida el capitán, y es inútil decir que al punto que lo permitió su estado fué corriendo á ver á su adorada.

La entrevista fué profundamente tierna. Méndez se contuvo ante la majestad de aquel recinto, y

todo lo que hubiera expresado con apasionadas frases y ardientes besos lo dejó comprender tan sólo con la intensidad de sus miradas y la emoción de su voz.

Quedó convenido en que Matilde permanecería en el convento hasta que se recibiese la orden de regresar á España, que no debía tardar en llegar, pues los italianos estaban ya de vuelta, y no era, por lo tanto, de esperar que se demorase mucho el venturoso día de saludar de nuevo el suelo de la patria

II

El comandante era querido de cuantos le trataban por su simpática figura y amable trato, y contaba con muchas relaciones en la ciudad. Asistía á algunas tertulias y en todas partes era conocido. Así no le extrañó que una mañana, hallándose almorzando, se le presentara un sujeto que le pidió le escuchara por tener que comunicarle un asunto de grande importancia.

Méndez le invitó á que hablara.

—Comandante,—le dijo,—tengo con vos pendiente una deuda de gratitud. A vos os debo que mi hermano no pagara con la vida su deserción delante de Stralsunda, por lo mucho que influisteis con los jefes en que se le perdonara.

Méndez balbuceó algunas palabras, excusándose de todo mérito por aquéllo.

—No digáis que no. Era cuando estabais herido en el hospital de Stralsunda y les pedisteis á los holandeses, como un favor especial, que no condenasen á pena de muerte á aquel soldado que habíais visto batirse valerosamente y que sólo había desertado para socorrer á su madre desamparada.

—¡Por favor, amigo mío, no hablemos más de eso!

—Ahora, pues, me toca advertiros, en cambio, que dentro de pocos días todos los españoles vais á ser destinados á las islas de Dinamarca, separados y vigilados.

—¡Imposible!

—Obrad como os convenga, en vista de lo que os he avisado.

Sucedía esto á fines de diciembre, en medio de un crudísimo invierno.

La nueva inquietábale á Méndez como patriota y

como amante. ¿Qué iba á ser de Matilde sin la proximidad de sus amigos?

El nuevo coronel no tardó en enterarse de lo que ocurría, y con su prontitud de resolución exclamó:

—El emperador nos pone en cautiverio para invadir á España y dominarla. Si La Romana quiere nos abriremos paso hasta llegar á nuestra tierra, declarando nosotros la guerra al emperador. De no hacerlo, mientras nos tenga en el Báltico desparramados y aislados, se apoderará de las plazas fuertes españolas sin encontrar un ejército que se le oponga. En cuanto á tu amante, Méndez, no la dejes ahí: podría servir de rehenes si nunca intentáramos un golpe de mano. Llévatela contigo ó mándala á España, pero no á Madrid.

—¿Por qué no á Madrid? ¿No estaría bien con Rosario?

—No me preguntes la causa, pero no conviene que esté en casa de Albenza. Méndez, por Dios, no hables más de eso.

—¿Temes...?

—No prosigas, porque irías á ofenderme. Juntas las dos, podrán vivir en cualquier ciudad; pero Matilde no debe permanecer un minuto en Madrid.

—Me extraña eso.

—No te extrañe. Matilde saldrá hoy mismo para Sevilla, y allí permanecerá en casa de nuestro amigo el conde de la Vega. Acompáñala tú, si quieres que no vaya sola.

—¿Y de paso por Madrid me llevaré á Rosario?

—No. Ella irá á Sevilla así que reciba mi orden para que lo haga.

—No te comprendo.

—No es menester.

—¿Conque no quieres que vea á Rosario, y Rosario irá luégo al lado de Matilde?

— Precisamente.

—Espinosa, ¿por qué me ocultas el motivo de tan extraña contradicción?

—Méndez, porque no es hora todavía de que lo sepas. Prepárate para el viaje, y á tu regreso vente á Langeland: allí nos envía el emperador. Si no puedes volver te vas á la escuadra inglesa: no importa que estemos en guerra con ellos: te recibirán bien. Entonces, procura vernos.

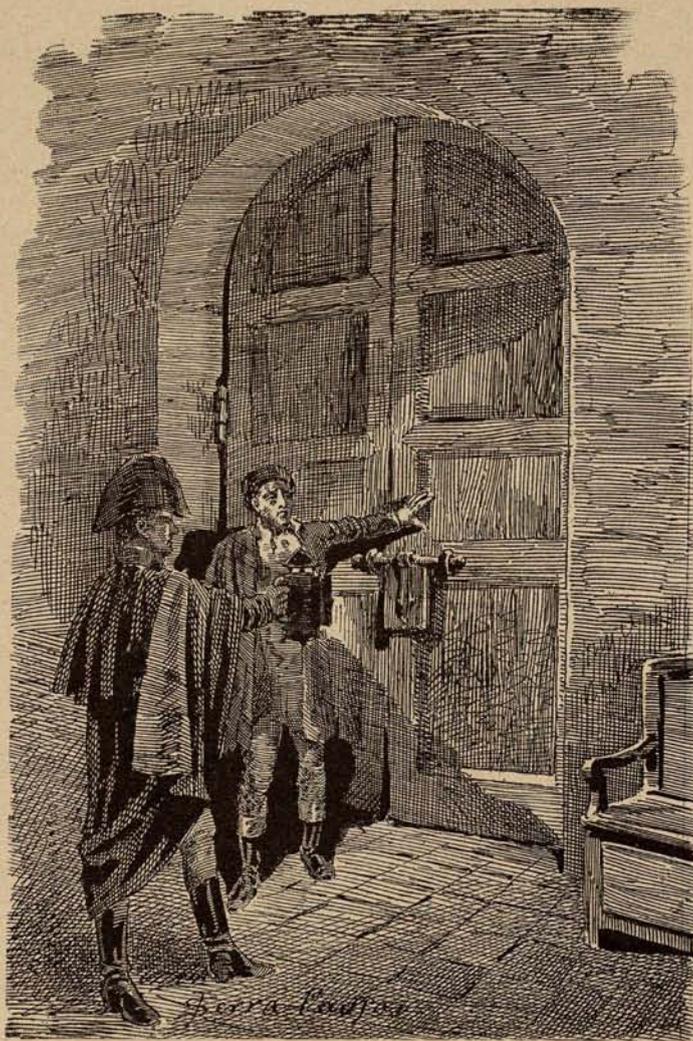
—Adiós, coronel.

—Adiós, y ten juicio. No te detengas para nada en Madrid. Parte directamente á Sevilla.

Méndez se dirigió al convento provisto de los pasaportes para él y Matilde. Le enteró de lo que ocurría, y al cabo de una hora, al dar las siete de la noche, salían para España en una silla de posta, acompañados de su asistente, llamado Fuentes.

III

Daban las once de la noche cuando dos hombres, que al parecer se recataban mucho de ser vistos, abrían con una ganzúa la pueria del convento de las Ursulinas.



La puerta era de sólida y espesa madera de nogal.

Reinaba sepulcral silencio dentro del recinto.

Uno de ellos encendió una linterna, y á su siniestro fulgor se dirigieron á la celda de la hermana portera.

La monja dormía profundamente. A su lado pendía la cuerda de una campana.

El compañero del de la linterna cortó la cuerda, y salieron los dos del cuarto.

Atravesaron un largo corredor y entraron en una sala adornada con cuadros al óleo.

Empujaron una puerta y adelantaron con precaución, penetrando en otro aposento.

Era una celda amueblada con cierta elegancia. Sobre una mesa había un ramo de preciosos tulipanes de múltiples colores, colocado en un jarrón de Sévres.

No se oía el menor ruido.

Se acercaron á un lecho que estaba en un ángulo, con las cortinas blancas tiradas.

El que había cortado la cuerda levantó las cortinas y miró.

El lecho estaba vacío.

A la rojiza luz de la linterna apareció desfigurado por la rabia el rostro repulsivo de Dupuy.

Miraron todo el cuarto.

Nada quedaba allí que recordase á Matilde más que el aroma que despedía su hábito de monja.

Los dos hombres se retiraron.

Pero al llegar á la puerta de salida quedaron aterrados al encontrarla cerrada.

La ganzúa que habían dejado en el suelo había desaparecido.

La puerta era de sólida y espesa madera de nogal.

Quedaban encerrados en el convento. Iban á dar un escándalo gravísimo.

—Corramos al cuarto de la portera,—dijo Dupuy,—y haremos que nos abra á viva fuerza.

Pero al dirigirse á la celda encontraron cerrada también la entrada del recinto interior.

Quedaban presos entre la puerta de la calle y la de las dependencias reservadas.

Al dar las doce oyeron ruido de voces y pasos.

Eran las monjas que se dirigían al coro para el rezo de la media noche.

Durante una hora oyóse la monótona salmodia de voces de mujeres cantando versículos latinos.

Luego se apagó el rumor y volvió á reinar profundo silencio.

Dupuy y su acompañante daban vueltas al reducido espacio en que estaban encerrados, como tigres en su jaula. Hacían insensatos esfuerzos para forzar las dos robustas puertas que les separaban del mundo exterior y del sagrado claustro, sin conseguir, empero, más que la horrible certidumbre de su impotencia.

Empezaron á oírse los rumores que acompañan á la salida del sol. Por dentro del corredor oíanse alegres voces.

Desesperados ya, empezaron á golpear las puertas, pero no parecía sino que golpeasen en la funeraria losa de un panteón.

Pasaron horas y más horas. El hambre, la sed y la falta de aire y de luz empezaban á atormentar á los dos reclusos.

Así llegó la noche sin que por ningún lado percibieran señales de socorro.

Sus torturas físicas llegaban ya á dominar su crítica situación moral.

Los dos miserables pidieron agua, gritando, retorciéndose de desesperación.

Las implacables puertas permanecían mudas. De vez en cuando se percibían los argentinos ecos de las voces de las monjas ó los acordes de un órgano.

Y pasó el segundo día.

Y llegó la noche otra vez.

Su cabeza daba vertiginosas vueltas, abrasábales la garganta, dos tornillos les apretaban las sienes, sentían en la boca del estómago como la sensación de una terrible barra de hierro, vacilaban sus piernas, y por fin cayeron al suelo sin sentido.

A la mañana siguiente continuó la misma oscuridad y aumentaron horriblemente sus sufrimientos: hacía tres días que no habían comido ni bebido; el aire se hacía irrespirable; en lugar de la oscuridad sus ojos veían mil lucecitas; en vez del silencio zumbábanles los oídos con mil ruidos extraños y aterradores.

Llegó la noche, oyeron rumor de tambores y cornetas que se alejaban.

Hicieron un esfuerzo sobrehumano, y arrastrándose llegaron hasta la puerta de la calle.

Entonces lanzaron un rugido de alegría.

La puerta estaba entornada.

Hacía setenta y dos horas que estaban allí dentro.

IV

Quien hubiese ido tras de los dos raptos cuando se dirigían al convento hubiera visto que en pos de ellos seguía una sombra envuelta en ancha y negra capa.

Hubiera visto cómo se introducía en el convento detrás de ellos.

Que hablaba á la portera, que no estaba dormida entonces.

Que volvía á salir, llevándose una ganzúa.

Que tras de él se cerraba la puerta.

Y que una vez fuera, desembozándose y frotándose las manos, se dirigía á un grupo, compuesto de dos hombres y una mujer, y les decía:

—Ya están en la ratonera. Gracias por tu aviso, Petra. ¡Ahora sí que huiremos de aquí!

—¿Dónde?—exclamó la mujer.

—A Dinamarca, prenda mía. Ya he cumplido lo que ofrecí: Kindeland y Dupuy quedan encerrados en una pieza que sólo tiene seis varas en cuadro.

Cuando llegue la hora de marchar les abriré la puerta, y si no han muerto de hambre y de sed es que tienen la piel más dura que un caimán.

Y así fué: en prueba de ello que consiguieron tenerse en pie y llegar hasta una posada.

Los tambores y cornetas apenas dejaban oír sus ecos.

Las tropas españolas habían ya evacuado á Hamburgo y se dirigían á Dinamarca.

V

El ejército expedicionario se dividió en dos columnas: la una se internó en el Sleswig al mando de La Romana, y la otra se dirigió hacia Kiel á fin de embarcarse para Zelandia, siendo su comandante en jefe el conde de San Román. El regimiento de de la Princesa formaba parte de ella.

El invierno se mostraba rigurosísimo, de manera que las tropas pasaban á pie enjuto los ríos que surcaban el Sleswig por estar helados.

A primeros de año la segunda columna llegó á Kiel, plaza fuerte situada en el fondo de un pequeño golfo.

Era una noche glacial. Caía la nieve en abundancia y sus gruesos copos calaban á nuestros pobres soldados ateridos. El frío viento del norte hinchaba las velas de las embarcaciones que esperaban á los españoles para conducirles á su nuevo destino. Las luces de los masteleros reflejábanse en la blanquecina superficie del mar.

Los regimientos, formados en la playa, esperaban el turno para el embarque. La operación se hacía con tal premura que más parecía se tratase de secuestrar las tropas que no de utilizarlas para un servicio de poca importancia, cual era el de defender las costas danesas contra los problemáticos desembarcos de los ingleses.

Los soldados sentíanse oprimido el corazón al pensar que iban á dejar el continente de Europa para ir á guarnecer lejanos y fríos islotes. Al fin y al cabo con su valor y sus armas podían desde el Sleswig ó la Jutlandia regresar á España por tierra, venciendo cuerpo á cuerpo á cuantos enemigos se lo estorbasen; pero al presente se trataba de vencer el mar profundo. Una barrera de fuego podían franquearla; una barrera de agua, ¿cómo sal-

varla sin barcos? Y ¿de dónde habían de sacarlos cuando los hubiesen de menester?

Iban á vivir mezclados con daneses, alemanes y sajones; circunvalados por el mar; con los odiados franceses á retaguardia, con los ingleses por enemigos; solos. Acostumbrados al ardiente sol de Andalucía, al límpido cielo de Castilla ó á las hermosas montañas de Galicia, los pobres soldados iban á encontrarse en islas sin vegetación, bajo un cielo de plomo, con un clima mortífero por lo helado; en un país sin alegres playas ni animadas canciones; con algunos pescadores y contrabandistas por moradores; con lóbregas chozas por habitación; con el fastidio, la nostalgia y el espionaje por acompañamiento.

Todo eso sentían los soldados al poner su planta en las negruzcas galeas, envidiando la suerte de los que iban á quedar separados de España tan sólo por centenares de leguas de tierra.

El coronel Espinosa se mordía los labios de rabia al verse embarcado, sabiendo que eran víctimas de las malas artes del emperador. Hubiera sido su deseo y el de sus soldados sublevarse contra aquella insigne perfidia, pero en manera alguna había querido consentirlo La Romana; y Espinosa, dominando su cólera y su despecho, obedeció sin replicar y su regimiento fué el primero en embarcarse.

Los barcos levaron el ancla al apuntar el día con rumbo á Zelandia.

Los moradores de Kiel estaban en el muelle contemplando admirados aquellas atezadas y gallardas tropas, tan diferentes de las que hasta entonces habían solido ver.

Al empezar á lanzar el sol su pálida claridad con que brilla durante el invierno en aquellos brumosos climas, apenas se divisaban ya los agudos campanarios, las góticas torres y los fuertes erizados de cañones de la plaza entonces danesa.

VI

El golfo parecía un tranquilo lago; distinguíanse en el fondo las argentadas ondas del Eider; á un lado y á otro costas arenosas y bajas, cubiertas de juncos y pobladas de aves acuáticas. Los barcos se deslizaban silenciosamente sobre el agua dormida: parecía que llevasen un cargamento de fantasmas.

Los soldados, sobre cubierta, miraban á mediodía

y á poniente: á cada milla que adelantaban hacia el norte sentían como si les arrancasen con más fuerza la esperanza del regreso. ¡Con qué envidia miraban á las oscuras gaviotas que volaban libremente por el aire!

A medida que avanzaban los bajeles iban ensanchándose más las orillas y viéndose más de cerca la salida al mar libre é inmenso. Escuchábanse más distintamente los mugidos del Báltico tempestuoso, azotado por el viento.

A la caída de la tarde no habían salido del golfo todavía. Una densa oscuridad reinaba al rededor de la flotilla: sólo se veían las luces rojas de los buques y la del faro de Kiel.

El frío era intolerable á la madrugada, y al pensar en España, donde á aquella hora estarían cantando las alondras, aumentaba la tristeza de los soldados. Aquel día ya no vieron tierra: el mar se desplegaba en toda su monótona planicie. Las olas parecían huir de los barcos; el rumor que producían no era el mismo que los soldados habían oído en el Océano ó el Mediterráneo. Aquel mar se mostraba diferente del que ellos habían oído rugir ó murmurar en las costas patrias.

Atravesaban á menudo bandadas de gaviotas, y sus gritos no eran tampoco como los que lanzaban las de los mares españoles: también parecían extranjeras.

Ir hacia el mediodía es para un español un cambio apenas perceptible. Siendo España el palenque en que traban batalla el clima europeo y el clima africano, y donde vence siempre el Africa, no se distingue esencialmente del continente vecino: un viaje al Africa ó á la América meridional no es más que un aumento de clima español. Ninguna extrañeza producen el sol resplandeciente, el calor tropical, ni la vegetación de la zona tórrida; pero verse trasportado al frío norte es una verdadera sacudida. El cielo de plomo de los países septentrionales, sus lluvias, su aspecto sombrío, sus campos de salvaje grandeza y de desolada majestad, en nada se avienen con lo que desea ver un hijo de Andalucía ó de Valencia. Cualquiera encuentra más simpatía en los paisajes africanos que no en las selvas germánicas ó en las playas escandinavas, de recortadas orillas.

Los barcos marchaban al través de la niebla. Los soldados se quejaban con razón. El mar, gris y si-

lencioso, parecía que no se dignaba moverse para saludar á los hijos del Mediterráneo.

El viento soplaba con fuerza impeliendo á los barcos hacia el norte. La navegación se hacía sin dificultad alguna por parte de los elementos.

Al mediodía desapareció la niebla y volvió á distinguirse el pálido sol del norte. Los soldados no pudieron contener su alegría al verlo y se oyeron cantar rondeñas y playeras, que llenaron de extrañeza á los marineros daneses, no acostumbrados al lánguido ritmo de los cantos populares españoles.

Por el mar discurrían ballenatos de enorme tamaño y bandadas de plateados pececillos se asomaban á la superficie. Algas flotantes recordaban proximidad de las costas, pero debían ser muy bajas por cuanto nada distinguían en el horizonte.

Los barcos seguían caminando siempre al norte.

VII

En el camarote del comandante estaban Espinosa, Garroyo, Casablanca y otros varios oficiales.

—Ya lo veis, amigos míos,—dijo el coronel;—mientras los franceses ocupan á España, á nosotros nos mandan á las islas de Dinamarca y á los demás los tienen alejados en Portugal. Ya está en nuestra patria Junot con 25,000 hombres y 3,000 caballos; ya habrá llegado también Dupont con 24,000 más y 3,500 jinetes; ya Moncey está dispuesto á penetrar también en la Península con otros 25,000 infantes y otros 3,000 caballos, mientras la flor del ejército español se encuentra aquí y en Lusitania. ¿Qué harán nuestros hermanos? ¿Cómo se opondrán á que los franceses se vayan apoderando de todas las plazas fuertes y se hagan dueños de cuantas posiciones estratégicas juzguen conveniente? ¿Qué podemos esperar del favorito ni de nuestros reyes, juguetes de la ambición del emperador? ¡Harto ocupados estarán todos, reyes y príncipes, con las asquerosas escenas del Escorial! ¿Sabéis que España ha cedido ya á Bonaparte el reino de Etruria y que Napoleón en persona le dijo á la pobre reina que la lanzaba del trono de Toscana en cumplimiento de lo pactado con sus padres? ¿Sabéis que está tratándose el casamiento de Fernando con la hija de Luciano? ¿Quién salvará á España? ¿Quién nos salvará á nosotros?

—¡La nación,—exclamó Casablanca,—la nación, que hasta el presente abatida, decaída, sin bríos y sin alientos, hará lo que no han hecho los reyes ni los gobiernos! La nación se salvará á sí propia y nos salvará á nosotros. El exceso de la degradación habrá producido en los ánimos españoles el anhelo de su rehabilitación. No hacemos falta: el pueblo vencerá al vencedor de las coronas de Europa.

—¿Crees tú, Casablanca, que los españoles, tan desorganizados, ignorantes y empobrecidos, podrán derrotar al héroe de Austerlitz y de Friedland? ¡Imposible!

—Pues así lo has de ver, Espinosa. Vayamos nosotros á penar de frío y de nostalgia á esas solitarias islas; esperemos allí el día del rescate, y por apartados que estemos de la madre patria, ha de llegar hasta nosotros el eco de sus triunfantes batallas. Día llegará en que los que sobrevivan á los rigores de este helado clima vean en el horizonte las blancas velas de las naves redentoras. Vámonos á ser esclavos para después dejar sentir á nuestros opresores la ira de nuestros pechos y el desquite de nuestro cruel cautiverio. El emperador da el ejemplo mandándonos á unas islas para que no nos fuguemos; también le mandaremos á él á otra isla si llegamos á cogerle vivo, pero á una isla mil veces peor que esas á donde él nos destierra ahora.

—Dios te oiga, Casablanca; pero más valiera, en vez de mandarle á una isla, mandarle á los infiernos. De mí sé decirte que si lo encuentro al alcance de mis pistolas, le reviento, y si está á tiro de cañón apunto y lo parto.

El lector habrá comprendido que el que decía estas palabras era Garroyo.

—Hablemos ahora de lo que importa,—añadió.—Cuidado con las mujeres. Ya sabéis en qué líos se halla metido Cuesta por causa de las gitanas, las cuales seguirán, por cierto, encerradas en Stralsunda, puesto que Boudet no se ha visto todavía con Bernadotte para enterarle de que estaba cumplida la orden. Ya sabéis que en el oficio encargué que evitase escribir nada sobre el asunto y que le diese verbalmente el aviso de quedar hecha la operación. Ahora me da á mí el naípe por encerrar á todos los pillos. Cogí hace poco en el garlito á dos pajarracos, y como fué entre puertas, allí los dejé hasta que se muriesen de hambre, de sed y de la pataleta que les daría. No creo resuciten; pero, si así fuese, ya cui-

daré yo de matarlos de otra manera. Digo, pues, amigos y camaradas, que mucho ojo con las rubias que encontremos allá arriba, porque supongo que Bonaparte habrá mandado se prodigue fastuosamente el espionaje. Todo es espionaje en esos franceses. Yo les tengo por unos *guanajos*, como decíamos en la Habana, que sólo deben sus triunfos al *argent* y á la soplonería. Todas esas batallas de Austerlitz y de Friedland son triunfos debidos á la traición y malas artes. En Austerlitz ganaron porque los ochenta y dos escuadrones austriacos de Lichtenstein, en lugar de atacar por la derecha, atacaron por la izquierda, donde no había nadie. Algún traidor daría la orden trabucada, y de ahí una victoria. En Friedland, parece que los rusos se habían dado la consigna de cometer disparate tras disparate; así, cualquiera gana una batalla. Eso de vencer austriacos, rusos y prusianos no tiene, para mí, mérito alguno. El día que Napoleón se las haya con nosotros, verá lo que es bueno. Todavía no ha vencido á ningún general que merezca llamarse ilustre. Hubiéramos visto lo que le hubiera lucido el pelo al Sr. Bonaparte, frente á frente de un marqués de Espinola, de un Wallenstein, de un Gustavo Adolfo, de un Carlos XII, de un Federico de Prusia, los cuales creo que le hubieran hecho correr siempre.

VIII

—Hablas con una pasión tal que te hace ver las cosas desfiguradas,—le dijo Espinosa.—No cabe duda en que Napoleón es un gran general.

—Un gran general cuando tiene enfrente generales pequeños, como el ejército francés es un gran ejército cuando pelea con ejércitos de borregos. ¡Vive Dios que sé yo de un general que el día en que se tropiecen se almuerza á Bonaparte como si fuera un pollo fiambre!

—¿De quién hablas?—preguntáronle los oficiales.

—¿Pues de quién he de hablar sino de sir Arturo, de ese generalito joven que tomó á Copenhague mientras nosotros tomábamos á Stralsunda? Me han contado una porción de cosas tales respecto á ese Wellesley que me da en el corazón que Bonaparte ha de encontrar en él la horma de su zapato. Es un zorro en punto á astucia, un témpano en punto á sangre fría y un acero en cuanto á tenacidad.

—Eso está muy bien,—respondió Casablanca;—pero al fin y al cabo se trata de un inglés.

—Inglés ó no inglés,—replicó Garroyo,—sir Arturo Wellesley nos haría un gran favor con ayudarnos. Oid, si no, un hecho cuya autenticidad os garantizo con mi palabra. Era el otoño de 1805 y acababa sir Arturo de llegar de la India. En obsequio suyo dió Mr. Pitt una comida de campo á la cual asistieron graves señorones y mucha gente de hupa, cuando á los postres recibió un pliego cuya lectura le dejó pensativo. «—Malísimas noticias,—dijo Pitt;—Mack se ha rendido en Ulma con 40,000 hombres y Bonaparte se dirige á Viena sin obstáculo.» Todos los comensales, menos Wellesley, que callaba, exclamaron que, en efecto, todo estaba perdido, y que no había remedio contra Napoleón. Entonces Pitt repuso: «—Si lo hay si consigo levantar una guerra nacional en Europa.» Y añadió luego en tono quizás profético: «—Y esta guerra ha de comenzar por España.» Todos extrañaron tales palabras, menos sir Arturo, y Pitt continuó entoncés diciendo: «—Sí, señores: España será el primer pueblo en donde se encenderá esta guerra patriótica, que es el solo recurso que queda para salvar á Europa. Mis noticias sobre aquel país, y las tengo por muy exactas, son de que si la nobleza y el clero han degenerado con el mal gobierno y están á los pies del favorito, el pueblo conserva toda su pureza primitiva y un odio contra Francia tan grande como siempre. Bonaparte cree, y debe creer, la existencia de los Borbones incompatible con la suya; y como tratará de quitarlos, para entonces es cuando yo le aguardo con la guerra que tanto deseo.» Estas son las palabras textuales de Pitt, que creo debemos meditar; porque, en efecto, todas las señales son de que Bonaparte va á quitar del trono á los actuales reyes. Durante toda la conversación sir Arturo estuvo dando señales de asentimiento, y luego habló en términos lisonjeros, hasta el extremo, de las grandes cualidades de los españoles para la guerra.

—No nos hará falta ningún inglés para vencer,—dijo Casablanca;—tenemos bastantes generales nuestros.

—En eso no cabe duda,—replicó Garroyo,—Mira: sólo en la marina hay más de ciento, resultando á quince por cada barco servible.

—Digo que tenemos buenos generales y que no los necesitamos de fuera.

—Lo que tenemos son buenos soldados y buenos oficiales y buenos coroneles.

—Y generales.

—No lo veo yo tan claro.

—¡Pardiez! ¿No es un buen general el marqués de La Romana?

—Lo es, pero con graves defectos que desvirtúan sus talentos.

—Todos los tenemos. ¿No contamos con D. Teodoro de Reding, con D. Francisco Javier Castaños, Blake, Abadía, Lacy y Mendizábal? ¿Si tenemos más que necesitamos! En España somos así: nadie hace caso de Gravina ni de Churruca hasta que admiran al mundo en Trafalgar. Pues así también saldrán generales que no conocemos ahora.

—Bueno: basta por hoy, si os parece,—dijo Espinosa.—¿No tenéis frío?

—Yo creo que voy á dejar la nariz á los daneses,—dijo Garroyo.

—Estoy hecho un témpano,—repuso Casablanca,—y eso que he pasado muchas noches en los puertos del Guadarrama.

—Esto es estar de centinela todo un invierno en la Punta del Diamante.

—¡Maldito corso. Le voy á meter en una garrapiñera cuando le coja!

—Yo á condenarle á comer toda la vida la sopa fría.

—Y á dejarle sin el gabán gris y el sombrero de picos.

—Y á leerle versos de D. Leandro Fernández de Moratín.

—Y á estar de guardia en el cabo de Hornos.

Cansados de inventar medios para hacer morir de frío á Napoleón, los oficiales buscaron otros para calentarse, y quien envuelto en pieles de oso blanco, quien en jarcias, quien probando de entrar en calor con brandy, rom ó aguardiente de Hamburgo, retiráronse á sus camarotes, esperando la nueva aurora.

IX

Al cabo de cuatro horas divisaron las costas de la isla de Fionia, recortadas por angostos y profundos golfos y orladas de islotes, arrecifes, rocas, bancos y escollos, cual si á los pies de las colinas que en rá-

pendiente se sumergen en el mar quisiese surgir un nuevo territorio submarino.

Aquella dispersión de la tierra firme parecía la imagen del desconcierto y la inseguridad: asemejábase á una cárcel cada islote, á una prisión cada arrecife, y el mar hacía el efecto de un desapiadado carcelero.

Aparecía nevado todo, desde las cumbres de las colinas hasta la costa. Algunas manchas negras, cabañas de pescadores, era lo único que rompía la uniformidad de la blancura. No se veía nada de verdura: todo aparecía desolado y triste.

Cruzaban el mar numerosos pailebots de altas y estrechas velas, tripulados por pescadores ó contrabandistas, que arriaban la bandera danesa para saludar el pabellón francés que ondeaba en los barcos que conducían á las tropas.

Iban á entrar en el Belt-Mayor para dirigirse á la Zelandia, cuando el oficial de guardia gritó con voz formidable:

—¡La escuadra inglesa!

Veíase, en efecto, en lontananza una poderosa armada de la reina de los mares.

Esta nueva, que llenó de desesperación al comandante y oficiales de la flotilla, causó la mayor alegría á los españoles.

—¡Los ingleses!—exclamaban.—¡Nos iremos con los ingleses!—Pero el comandante, dando orden de

virar en redondo y encontrando favorable el viento, desanduvo lo andado y dispuso que desembarcasen las tropas españolas en Fionia.

El comandante era un gran diplomático.

El desembarco se verificó con prisa tanta como si se tratase de un alijo de contrabando.

Espinosa sentía bullirle la sangre en las venas, y hubiera de buena gana mandado sable en mano á los capitanes de los buques ir á incorporarse á la flota británica; pero se lo impedía la palabra empeñada al marqués de la Romana.

¡Cuánto más valía quedar prisionero de los ingleses, que les hubieran facilitado todos los medios para hacer la guerra á Napoleón, que no ir á parar á aquellas apartadas y enemigas islas sin luz, sin calor, sin vida, tristes, aburridas y estériles!

Al ir á poner Garroyo el pie en la lancha, ésta se ladeó y el bravo comandante se cayó al agua.

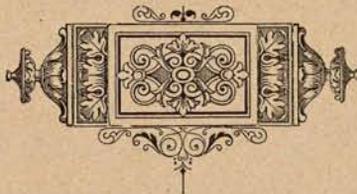
En seguida se le retiró sin más consecuencia que un remojón.

—¡Qué país tan soso, amigos míos!—exclamó al salir.—Ni el agua del mar tiene sal ninguna.

Efectivamente, el agua del Báltico contiene muy poca sal.

Los soldados al saberlo acabaron de desesperarse.

Fortuna que estaba Petra.



LIBRO SEGUNDO

EL DOS DE MAYO

CAPÍTULO PRIMERO

De Hamburgo á Sevilla

I

MÉNDEZ y Matilde salieron de Hamburgo sin que hubiesen tenido noticia de ello más que sus amigos y el marqués de La Romana: habíase encargado al ayudante Porlier que nada se dejase traslucir, y así lo había cumplido fielmente. La enamorada pareja deshizo el camino que había llevado á la ida, viendo de lejos el castillo de Rehinsberg. La vieja morada parecía que les miraba cariñosamente al pasar, bañada por un alegre sol de invierno. Atravesaron después la Alsacia y los departamentos del Este y llegaron á Lyon á primeros de enero de 1808. Un día cruzóse su silla de posta con dos batidores de la casa imperial, que les dieron orden de detenerse hasta que hubiese pasado el emperador; en virtud de lo cual Méndez se apeó, deseoso de contemplar al gran conquistador, entonces de regreso de Italia, donde había ido á expulsar del trono á la reina de Etruria, la hija querida de Carlos IV y María Luisa.

Iba nuestro héroe vestido con el uniforme de comandante español, cuyo traje hacía resaltar más la gallardía de su figura.

De pronto apareció en una revuelta de la carretera una silla de posta que levantaba una nube de polvo, viniendo detrás un regimiento de granaderos de la guardia de á caballo. Méndez vió pasar por delante de sus ojos una cara de color aceitunado, de ojos negros y mirada dura, nariz recta, barba cua-

drada y mejillas caídas, presentando un conjunto extremadamente antipático; una fisonomía que daba miedo y causaba aversión, mezcla de Nerón y de papa del renacimiento; un verdadero producto corso; la autoridad romana con la crueldad de un Borgia; un rostro de emperador de la decadencia y de jacobino plebeyo. Méndez sintió teñirse de rojo sus mejillas al considerar que aquel hombre, con cara de criminal, era el dueño de los destinos del mundo.

—¡Pobre humanidad!—murmuró.

Al emperador hubo de llamarle la atención encontrar en el camino á un oficial español, porque de pronto paró el coche y bajó un ayudante de campo.

El edecán fuese hacia Méndez y le dijo:

—S. M. manda que os presentéis á su imperial persona.

Méndez se fué hacia el coche precedido del ayudante, que era el general Duroc.

El comandante hizo el saludo militar.

El emperador clavó en él sus ojos duros, y con voz breve y altanera le preguntó:

—¿De dónde venís?

—De Hamburgo.

—¿Habéis estado en Stralsunda?

—Estuve, señor.

—¿Á qué regimiento pertenecéis?

—Al de la Princesa: soy jefe del primer batallón.

—¿Cómo os llamáis?

—Enrique Méndez.

—¿Por qué os vais de Hamburgo?

—Para acabar de curarme una herida del brazo, que necesita el empleo de ciertas aguas.

—¿Se han embarcado ya los demás?

—Me figuro que sí.

—¿Están contentos?

—Lo ignoro, señor.

—¿Sabéis si vuestros amigos se emplean gustosos en mi servicio?

—Señor, ellos, como yo, aunque tienen á mucha honra el serviros, preferirían hacerlo en su país.

—España está en paz con todo el continente, menos con Inglaterra y el Portugal. Donde ahora les he mandado podrán hacer la guerra á los ingleses.

—Señor, en España no se preocupa nadie de ingleses ni portugueses. El ejército español desea encontrarse en masa dentro de la frontera para rechazar á los que pretendiesen arrebatár su independencia.

—Y ¿quién ha de arrebatársela? Pardiez que tenéis trazas de presumir que pretendo conquistaros. No pienso en ello, á lo menos por ahora. Harto cuidan vuestros reyes y príncipes de hacerse impopulares y odiosos, y de que el pueblo desee otro monarca y otro gobierno mejores.

—Señor, los reyes y príncipes son una cosa, y España es otra. Si los reyes son malos y los príncipes no son buenos, España es noble y digna. España no es un país que consienta en que un extranjero se mezcle en sus asuntos. Tolera á sus reyes, pero no toleraría que otro se los impusiera.

—Habláis con arrogancia muy española, señor comandante; pero sabed que tengo ejércitos que hacen callar á los emperadores y que el Papa vino á París á bendecirme. Sabed que bajo las águilas de mis regimientos forman 800,000 hombres (ochocientos mil: ¿entendéis bien?) y que la bandera tricolor flota en la alta Italia, en la Dalmacia, en Nápoles, en las islas Jónicas, en el Niemen, en Polonia, en Silesia, en Hamburgo, en Berlín, en Polonia, en Portugal y en la Pomerania. Contad, pues, si flotará en España el día que yo quiera.

—Señor, el poder de V. M. I. no es tanto como fué un tiempo el de mi patria. Los españoles conquista-

ron más provincias con la punta de su espada que reinos é imperios obedecen á la voz de V. M. I. España tuvo en jaque el poder de Roma, y Sagunto y Numancia no son tan sólo un recuerdo sino también una certeza para el porvenir. Los españoles tenemos á mucho honor ser amigos de V. M. I., pero no queremos ser vasallos suyos, aunque esto sea un envidiable privilegio. Si V. M. I. consintiese en dejar regresar á mis compañeros, hoy en triste apartamiento, tendría V. M. I. en nosotros sus más fieles aliados, los que formarían siempre en primer lugar, los que, antes que ningunos otros, se dejarían matar por el generoso emperador.

—No os he dado permiso para pedirme nada, señor comandante.

—Habla el españolismo por mi boca, señor.

—Seguid vuestro camino, y cumplida vuestra licencia temporal regresad sin demora á incorporaros á vuestro regimiento. Una pregunta. Suponed que mañana se me antojase haceros la guerra, ¿qué harían las tropas que están en Dinamarca?

—Señor, hacer lo que pudieran para acudir en defensa de España.

—Pues, siendo así, no extrañéis que tome las debidas precauciones para que no escapen. En cuanto á vos, es lástima que pudiendo servir al emperador Napoleón os contentéis con defender el trono de Carlos IV ó el del discípulo del señor Escoiquiz: poca gloria os dará eso.

—Yo defendiendo á mi patria, señor, y no hay causa más honrada ni gloriosa.

—Sois un verdadero español, valiente como un Cid, pero testarudo como un diablo.

Napoleón hizo una ligera inclinación con la cabeza. Duroc subió al coche, y otra vez se puso en marcha la silla de posta, seguida á galope por el regimiento de granaderos.

Méndez subió también á su carruaje, y aquellos dos coches, corriendo en vertiginosa carrera en dirección opuesta, parecían la imagen de dos adversarios que acudiesen cada uno á su campo en busca de armas para destrozarse, fuerte y poderoso el uno, inquebrantable y decidido el otro á vencer ó á morir.

Así que Napoleón llegó á París su primera orden fué la de que el cuerpo del mariscal Monecy saliese en seguida para España; pero ya veremos lo que hizo Méndez en Sevilla.

II

Durante el camino desde la frontera á Madrid fué en aumento la desesperación del comandante al ver por todas partes tropas francesas: encontrálas en Irún, en Valladolid y en Burgos. En la penúltima de estas ciudades fué testigo de los brutales desmanes á que con anuencia del general Dupont se entregaban los soldados. Consideraba Méndez como una acción abominable el hecho de apoderarse arteramente de una nación que, por desdicha suya, tan leal había sido siempre para con la Francia bajo todas las formas de gobierno, llegando al último grado de la buena amistad durante el régimen del emperador. España había dado sus barcos, sus tesoros, sus soldados, y prestado su cooperación en todo al coronado corso. El gobierno español había sido un modelo de sumisión á Bonaparte, y los reyes y los príncipes se disputaban el honor de tenerle contento. Cuando los soberanos de Europa huían del contacto de Francia como del de un apestado, los reyes de España habían mandado á la corte del primer cónsul á sus hijos más queridos: los jóvenes reyes de Etruria; y ahora, en cambio á tanta cordialidad y á tantos favores, el emperador quería echar del trono á los reyes, dictar á la nación su voluntad, disponer de sus recursos á su antojo, hacer del territorio lo que le pluguiese á su capricho. Y lo hacía, no por necesidades políticas, ni por altas miras civilizadoras, ni en demanda de reparaciones inferidas al honor francés, sino que el único motivo que le obligaba á ello era la codiciosa ambición de extender su férreo yugo á los pueblos independientes, su soberbia de amo y dueño de Europa.

España había de demostrar, sin embargo, que no era una pobre Prusia, ni una degenerada Italia, ni una cortesana Austria, ni una Rusia pasiva y esclavizada, sino un pueblo incomparable donde el sentimiento de su independencia y dignidad hacían las veces de los más formidables y disciplinados ejércitos.

Godoy, ya fuera de tiempo, había comprendido que el emperador había tratado á la corte de Madrid con doblez florentina. El pobre favorito veía desvanecerse sus sueños de poderío y de realeza. En lugar del protector le había entrado por el Pirineo el destructor supremo. Á pesar de todo, España toda-

vía no caía de su burro y seguía confiando ciegamente en la lealtad de Napoleón.

III

Al llegar á Madrid nuestros viajeros encontraron apoderada la corte de un terrible pánico: sabíase ya la entrada de Moncey en España con el tercer cuerpo de ejército, cuyos soldados habían sido llevados en posta á Burdeos desde los depósitos del Norte; sabíase que el embajador español en París, príncipe de Maserano, y el encargado de negocios de Godoy, D. Eugenio Izquierdo, recibían cada día afrentosos ultrajes del emperador, y que Bonaparte no se recataba de proferir públicamente insultantes y despreciativas frases acerca del favorito. Habíase negado á cambiar á su embajador Beauharnais, á pesar de las instancias de Carlos IV, y todo significaba que Napoleón había arrojado la careta.

Méndez y Matilde continuaron su camino hacia Sevilla, á donde llegaron á mediados de enero. Rosario debía reunírseles de un momento á otro, para acompañar á la hermosa extranjera durante la ausencia de Méndez. Antonio no había traslucido el objeto del viaje de su hermana: se le había dicho que era para permanecer al lado de una señora extranjera, amiga de sus amigos, pero sin decirle quién fuese. Rosario, por su parte, ignoraba la insensata pasión que su hermano había concebido por Matilde, por estar en aquella época educándose en un convento de Madrid.

Méndez y Matilde hubieran sido inmensamente felices. Mucho debía ser el amor patrio del comandante cuando este amor conseguía nublar su dicha. Matilde participaba de iguales aficiones y odios que su futuro esposo, y estaba dispuesta á secundarle en cuanto ella pudiera.

Si pasaban horas de suprema dulzura, sentíanse amargados otras veces por las noticias que iban llegando. Un día era que los franceses se habían apoderado de la ciudadela de Pamplona con un vergonzoso ardíd; el otro, que traídoramente se habían hecho dueños de Montjuich y de la ciudadela de Barcelona; luego, del castillo de Figueras y de la plaza de San Sebastián; y siempre con bastardos procederes que contrastaban con la hidalguía y la bizarra audacia con que los españoles habían sorprendido en otro tiempo las plazas francesas.

Á todo esto, para llenar hasta el colmo la medida

de sus malas artes, Napoleón le mandaba á Carlos IV quince caballos de tiro en prueba de su íntima amistad, y se quejaba de que no siguiesen los tratos para casar á Fernando con una princesa imperial.

Á mediados de febrero corrió por Sevilla la voz de que había llegado á Madrid el agente de Godoy D. Eugenio Izquierdo, y que desde entonces el príncipe de la Paz parecía haber sufrido algún extravío en su razón, según se mostraba descompuesto en sus palabras y lo que hablaba de su grandeza y poderío, cual si presintiese la desgracia que como en sombra ya le perseguía. Decíase que los reyes y el favorito iban á tomar una resolución extraordinaria y jamás imaginada por haber traído Izquierdo de París ciertas proposiciones de Napoleón á Carlos IV capaces de amedrentar al débil monarca y hacer que á su solo anuncio se prestase á huir de España. El célebre tratado de Fontainebleau había quedado anulado enteramente, y en su lugar se proponía al rey de España el libre comercio de los franceses con las colonias españolas, la cesión de las provincias limitadas por el Ebro, á cambio de Portugal, un nuevo tratado de alianza ofensiva y defensiva, y el arreglo de la sucesión al trono español. En cuanto al casamiento de Fernando con una Bonaparte, se dejaba para otra ocasión.

Á los pocos días se supo que había entrado en España otro cuerpo de ejército de 25,000 hombres, compuesto de regimientos de línea, guardia imperial, polacos, mamelucos y tropas de todo género y variedad de uniformes, al mando del mariscal Bessieres, duque de Istria. Había, pues, ya cien mil franceses en España, mandados por los mariscales Junot, Moncey y Bessieres, y el general Dupont, sabiéndose de cierto que Murat, gran duque de Berg, iba á tomar el mando en jefe de todas las fuerzas.

Á seguida corrió la voz de que Godoy y los reyes iban á embarcarse para América, á imitación de los Braganzas, que se habían trasladado al Brasil, y aun se añadía que lo verificarían en Sevilla mismo. Esta medida, que quizás hubiera sido la única salvadora, fué censurada apasionadamente por los españoles todos, que la atribuían á miras de Godoy, porque todo, con justicia ó sin ella, se le hacía pagar á él.

IV

Los verdaderos españoles, amantes de la indepen-

dencia de su patria, estaban deseosos de llegar á las manos con los odiados franceses; pero gran número de gentes se mostraban en cambio radiantes de alegría pensando que aquellos 100,000 soldados venían á sentar en el trono al pobrecito príncipe de Asturias D. Fernando, nuevas delicias del género humano, modelo de buenos hijos, protector y amparo de los hombres de bien y firme baluarte contra el cual todas las tretas y amaños del emperador se estrellarían, como se estrellan las olas contra el peñón de Gibraltar, propiedad de los ingleses gracias á la guerra que dió el trono al duque de Anjou, Phillippe.

Méndez esperaba con impaciencia la llegada de Rosario á Sevilla, pues le urgía regresar al lado de sus compañeros para enterarles de lo que en España estaba ocurriendo. Por fin, á primeros de abril, tuvieron la alegría de abrazar á su animosa amiga, que les apareció llena de ardimiento por lo que estaba pasando en la nación.

—A mediados de marzo,—dijo,—se presentó Godoy en casa y estuvo largo rato hablando con mi hermano.—¡Estoy perdido, perdido!—exclamaba.—¡Cómo se han desvanecido mi sueños de gloria! El trono en que soñaba se ha convertido en un cetro de caña. El porvenir que ahora me espera es mil veces peor que el de los favoritos más pésimos que ha habido en las cortes todas. D. Alvaro de Luna y D. Rodrigo Calderón aparecen rodeados de la aureola que presta una catástrofe imponente. A mí no me reserva el porvenir ningún memorable cadalso, sino que voy á perecer rendido, escarnecido, bafado, tratado como un perro. Al odio que me persigue le falta la grandeza. No es un pueblo levantado lleno de ira contra mis desaciertos, sino una turba azuzada por el príncipe de Asturias. Bonaparte me ha engañado como un miserable embustero. Aun podría salvar á los reyes, si quisieran seguir mis consejos de partir á América y fundar allí un imperio español; pero ¡ay! el rey que siempre me ha creído y ha hecho suya mi causa, me abandonará también. El recuerdo de Luis XVI es una pesadilla. ¡Cuánto me arrepiento de no haber hecho uso del medallón y haberle arrojado del trono! La reina y yo tenemos ánimo suficiente para desafiar la trailla de Fernando; pero el rey se arredrará.» De pronto cogió fuertemente de la mano á Antonio y le dijo: «—Sois republicano y sé que tenéis amigos de igual partido en el ejército. Todo lo prefiero á ver coro-

nado rey al príncipe. Si queréis, yo os daré cuantos medios necesitéis para proclamar la república. Escribid á vuestros amigos, preparadlo todo: yo os entregaré la artillería, mi guardia, la marina, y así, en caso de declararos la guerra Napoleón, podéis haceros simpáticos á los franceses con la nueva forma de gobierno y desbaratar tal vez sus planes.» Mi hermano le contestó que su pensamiento era inaceptable por ser muy pocos los republicanos y harto viva la fe de los españoles en sus reyes. Godoy insistió, ofreciéndose á todo, convertido en implacable acusador de las flaquezas de la monarquía. Procuró asustar á mi hermano diciéndole que si Fernando llegaba á ocupar el trono perseguiría á sangre y fuego á cuantos fuesen sospechosos del más inocente liberalismo. Dijo que los liberales estaban amenazados de muerte en cuanto el príncipe de Asturias se ciñese la corona; que si España se erigía en república tendría el apoyo de las Américas españolas, y que tal vez sería un golpe decisivo contra el poder imperial. Nada bastó á convencer á Antonio, que le contestó que en presencia del enemigo introducido traidoramente en España creía un crimen de lesa nación ocasionar dos conflictos. Díjole que ante la agresión francesa sus amigos se olvidaban de pertenecer á ningún partido y que sólo tenían presente la idea de salvar á la patria. Godoy se retiró sombrío y taciturno y abrazó á Antonio, diciéndole: «—Adiós, amigo mío. Ya no volveremos á vernos más. Siento que el suelo tiembla bajo mis pies. Delante del mundo nunca me he mostrado más confiado y arrogante que ahora: sólo vos me habéis visto llorar mi suerte.» Y realmente se enjugó las lágrimas. A los pocos días llegaron noticias de Aranjuez que vinieron á confirmar todos los presentimientos de Godoy. Un motín organizado por Fernando y acaudillado por el conde de Montijo le derribó de su valimiento, y después de crueles torturas pasadas en un escondite que le procuró un mozo de las cuadras, pudo á duras penas salvarse del furor del populacho. Luego vino la abdicación del rey y la proclamación de Fernando. El pueblo se figura que con el nuevo monarca tiene ya adquirido España el apoyo de Napoleón. ¡Dios quiera que no se engañe!

—¡Y tanto como se engaña!—respondió Méndez.—Ya es hora de aprestarnos á la lucha. El emperador quiere España para sí, pero juro á Dios que le

ha de costar muy caro el capricho. Entretanto, ¿qué harán los pobres soldados de La Romana en las islas de Dinamarca? Catorce mil hombres menos, todos escogidos: la flor del ejército. Es preciso que vuelvan, y ¡volverán!

V

Méndez salió de la habitación precipitadamente y las dos mujeres quedaron solas.

—Rosario,—le dijo Matilde,—¡cuánto te habrá pesado dejar á tu hermano para venirte aquí en mi compañía!

—No, mi querida Matilde,—respondió su amiga;—mi hermano está contento siempre que me ve hacer una buena acción, y á fe que lo es venir á compartir tu aislamiento. ¡Pobre niña mía! Juntas las dos, será más llevadera nuestra suerte: á la vez pasaremos las zozobras y las penas, y si faltase uno de ellos, la dichosa podrá enjugar más fácilmente las lágrimas de la desdichada.

—¡Ah!—repuso Matilde.—¡Dios no consienta tal horror! Me da miedo pensar lo qué sería de mí sin Enrique. Tú quieres á Espinosa sin deberle nada: yo á Méndez se lo debo todo, todo. No hay dentro ni fuera de mi ser una sola cosa que no me recuerde un motivo de gratitud para con él. Yo no perdería sólo al dueño de mi corazón, sino que perdería á mi salvador, á mi redentor, á mi padre, todo menos á vosotros, mis amigos. ¡Oh, Rosario mía! ¡Por Dios no me mates haciéndome pensar en que pueden morir ellos! No; no han de caer aunque las balas les toquen. ¿No sabes que Espinosa salió ileso donde todos los demás morían? Enrique salió herido, pero á su alrededor también quedó el puente sembrado de cadáveres. Nos toca ser felices á todos, y ya verás cómo lo seremos.

—Razón tienes,—contestó Rosario.—Hora sería ya de que pudiésemos gozar de nuestro amor; pero en vez de eso, tenemos que esperar á que estalle la guerra y conformarnos en tal caso con los trances amargos que nos aguardan para entonces. Ya ves en qué situación se encuentran Enrique y Ricardo, cautivo éste en Dinamarca y aprestándose el otro á volar en su socorro. Imagina cuántos peligros no tendrán que atravesar hasta entrar todos en España para batallar con el usurpador; pero en cambio considera también que si alguna vez puede honrar y enaltecer á una mujer el amor de un hombre, el

caso en que nos encontramos no tiene superior. Nuestros amantes son héroes, y jamás heroísmo tal se habrá desplegado de largos siglos como el de esa empresa de regresar del Norte para venir á combatir contra las fuerzas de Napoleón, veinte veces mayores que las nuestras.

—A nación alguna se le ocurrirían tales propósitos más que á este gran pueblo,—replicó Matilde;—pero tampoco en ninguna se encontrarían almas de tal temple. Tú, más que nadie, sabes hasta dónde puedo yo admirar la generosidad española. En ninguna parte he encontrado yo sentimientos más puros y caballerescos que en esta nación. Recuerdo que durante mi estancia en Madrid tuve la desgracia de engendrar una pasión sin esperanza en un grande artista. Jamás pudo concebir la vanidad mujeril mayores homenajes de respeto ni más apasionado cariño que el de aquel joven, digno de mejor ventura. Había conocido yo antes á otros artistas, pero al lado de Antonio Albenza todos parecían una turba de alborotadores y necios.

—¿De Antonio Albenza?—preguntó Rosario sorprendida.

—Sí: recuerdo bien que ese era su nombre. ¿Le conociste?

—Sí,—respondió Rosario;—mucho.

—Pues así no hay para qué encarecerte su nobleza y su talento. Jamás me habló de amor, y, sin embargo, yo comprendía que le abrasaba la pasión que por mí sentía. Con hombres como él, que tengan tanta fuerza de voluntad para ahogar las palabras que van á escaparse del corazón comprimido, y que como él sean capaces de inspirarse tan sólo en el ideal sin esperanza alguna terrena, puede un pueblo hacer prodigios.

—¡Pobre Antonio!—exclamó Rosario.

—Sí: razón tienes. Un día me preguntó si yo amaba á alguien. «—No,»—le contesté. Pareció que mi negativa abría ante su espíritu las alegres perspectivas de la esperanza. «—No,—le repetí;—no amo á nadie. Me mataron todas las ilusiones y todos los sentimientos puros, y guardaos vos de quererme,—le dije.—No os empeñéis en ser desgraciado dejando crecer una pasión hacia un ser tan fatal como soy yo.» Entonces él repuso: «—Pues si no amáis á nadie y algún vestigio de humano afecto os queda, no améis jamás sino á quien sea digno de vos.» No le contesté á eso, porque aun el loco amor por el que

causó mi desdicha se agitaba convulsivamente en el fondo de mi alma, todavía quedábame alguna esperanza de que tal vez volvería á mis brazos para que le perdonara el mal que había hecho. ¡Ya sabes lo que encontré en vez del beso que esperaba!

—¿Y qué harías si vieras de nuevo á Antonio?—preguntó Rosario.

—Huiría de él y haría que él huyera de mí. Sería preciso apartarlo de mi presencia, porque de seguro que en nada ha disminuído su cariño, y me causaría dolor profundo tenerle que decir que adoro con toda mi alma á Enrique y que seré suya eternamente. Antonio no me hablaría de su amor, pero yo vería cómo sufría, yo vería cual su corazón quedaba hecho pedazos, y esto sería para mí grande amargura y para él un tormento que por nada del mundo quisiera yo causarle. Es hombre de elevados sentimientos, y si algún día llegase el caso de tener que arrostrar por él los mayores peligros, los arrastraría. Por Antonio me dejaría matar, pero por Enrique me mataría yo misma.

—Tu conducta es noble, y puedes estar segura de que Antonio Albenza huiría de ti al punto que supiera que tu corazón era de su amigo Enrique Méndez.

—¿Sois amigos?

—¡Soy su hermana!

—¡Antonio tu hermano! ¡Rosario de mi alma! ¡Cuán buenos sois los dos y qué desgracia haber causado tanto pesar á un hombre como él! Nada puedo darle más que mi amistad sin límites. Si no estuviese hastiado de gloria, yo me sentiría capaz de hacérsela conquistar. Yo le querría como una hermana si no estuvieses tú. Haz por que me olvide y para que en vez de ese cariño fatal por una mujer que jamás podrá ser suya, sea todo él para España. Hagamos las dos por que el gran pintor sea también el gran patriota, y que el nombre de Antonio Albenza Villamil pase á la historia.

Rosario y Matilde se abrazaron estrechamente, confundiendo sus lágrimas de ternura: parecían la imagen de la Patria y de la Fortaleza. La cariñosa fisonomía de la española resaltaba más graciosa y apasionada al juntarse con la divina é imponente hermosura de Matilde.

Así fueron trascurriendo días, hasta que á primeros de mayo recibieron horribles noticias de Madrid.